

RESEÑAS

GUERRA Y ARMAS DE LA MACEDONIA HELENÍSTICA: A PROPÓSITO DE DOS ESTUDIOS RECIENTES

JUHEL, P. O.: *Autour de l'infanterie d'élite macédonienne à l'époque du royaume antigonide. Cinq études militaires entre histoire, philologie et archéologie*. Archaeopress Publishing Ltd. Oxford 2017. 278 pp., 48 figs. ISBN 978-1-78491-654-1.

JUHEL, P. O.: *Armes, Armement et Contexte Funéraire dans la Macédoine Hellénistique: Avec un appendice sur les trouvailles d'armes relatives à l'archaïsme et aux débuts de l'époque classique en Macédoine & sur ses confins*. Akanthina 11, Gdansk 2017. 105 p. ISBN 978-83-7531-182-2.

Entre mediados de 2017 e inicios de 2018 han aparecido dos monografías de P. O. Juhel. Se trata de trabajos derivados de su tesis doctoral (presentada en enero de 2007 en la Université Paris-4 Sorbonne) titulada *L'armée du royaume de Macédoine à l'époque hellénistique (323-148 av. J-C.). Les troupes «nationales». Organisation et analyse de l'iconographie militaire, avec déductions quant à la nature de l'armement*. Pese pensarlas como obras independientes, la coherencia y relación temática, así como la proximidad de su publicación, hace que aquí los comentemos conjuntamente, consecutivamente y prestando una atención preferencial a los aspectos relativos al armamento.

El primer libro afronta un tema amplio, tradicionalmente tratado desde la Historia Antigua, con una aproximación innovadora que suma a la discusión de las fuentes la de los datos arqueológicos e iconográficos (considerando aspectos técnicos para los primeros y análisis anticuarios en los segundos). Además, no bastándole esto, expone los resultados de manera rompedora y discontinua, combinando los métodos de análisis y entrelazando cinco capítulos que son en realidad cinco artículos independientes preocupados por aspectos particulares de la guerra y el ejército macedonio: 1. La naturaleza de la falange macedonia o cuando la ciencia recula (pp. 1-93); 2. *Antigonid Redcoats*. La infantería de élite del ejército del reino de Macedonia en época helenística. Historia e iconografía (pp. 94-160); 3. 'Infantería pesada': una noción entre armamento y orden táctico. El caso de la falange

macedonia (pp. 161-172); 4. Apuntes filológicos e históricos sobre la ambivalencia de los términos relativos a las instituciones militares macedonias en los historiadores de la Antigüedad (pp. 173-212); 5. Dos nuevas armas defensivas de la época helenística (pp. 213-277).

A nivel formal quiero comentar algo sobre las cinco bibliografías que cierran cada uno de los estudios al presentar cada apartado con su bibliografía refleja el proceso de construcción del trabajo (anunciado en la introducción) como cinco artículos independientes, pero creo que al publicarlos conjuntamente hubiera sido preferible unificarlas y concentrarlas al final del libro, con lo que se simplificarían las consultas durante la lectura y se conseguiría una mayor unidad del trabajo.

Los cinco trabajos contribuyen al tema general anunciado en el título. El ejército macedonio es uno de los argumentos más tratados de la historia militar antigua por múltiples motivos: por la documentación escrita de las contiendas, por los éxitos militares ante griegos, romanos y bárbaros, pero también por las reformas que se sucedieron para conseguir su eficacia, tanto en relación al equipamiento como a la organización y táctica. Afrontar esta temática precisa de una enorme erudición y representa una ardua tarea de recopilación de propuestas ya publicadas o comentadas a causa del interés que este tema ha despertado desde el s. XIX. Ello hace de este campo de investigación un terreno en el que el espíritu crítico no debe dejarse influenciar por los prejuicios y planteamientos de las escuelas

de formación o de adopción del investigador. En el caso que nos ocupa, Juhel demuestra como este manido argumento ofrece aún un sinfín de datos e informaciones que pueden ser releídas y reinterpretadas con hipótesis renovadoras que van a hacer temblar los cimientos de temas consensuados. Pero para ello plantea el análisis desde una renovación metodológica, con una lectura exhaustiva de las fuentes escritas y con espíritu crítico. Ha mostrado la manera de hacerlo aprovechando su particular capacidad para combinar con acierto el estudio histórico, filológico, epigráfico y arqueológico. Esta mezcla, lamentablemente inusual, se revela como método eficaz para renovar paradigmas explicativos y lecturas históricas e implica también un dominio de la bibliografía internacional para adaptar y contribuir a las discusiones y observaciones más actuales.

Cabe decir que es un libro de lectura complicada, con citaciones en múltiples idiomas (para el griego antiguo se incluyen sus traducciones –a menudo del propio autor– así como útiles revisiones terminológicas y correcciones en transcripciones y lecturas –p. 7 n. 13; p. 16 n. 25; p. 30; pp. 137-138, 214-215, etc.–) y notas al pie largas con discusiones amplias que no evitan ningún argumento (ya sea para aceptarlo, refutarlo o replantearlo). El aparato bibliográfico es particularmente completo y bien seleccionado.

Juhel inicia el trabajo con un ataque frontal a uno de los aspectos que mayor consenso ofrecía, la reforma del ejército macedonio atribuida a Filipo II, aceptando que dicha reforma fuera una adopción de las reformas de Iphicrates. Juhel no evita incluso explicar el porqué de este consenso indicando que las principales obras hoy en uso (Markle y Hammond) habían obviado la lectura de obras de finales del s. XIX inicios del XX en alemán que anticipaban este problema. Evidentemente desconocer, y con ello silenciar, una tradición investigadora condiciona las interpretaciones, pero este es un fenómeno que lamentablemente acontece frecuentemente en la actualidad (y no solamente, como sugiere Juhel, en la literatura anglosajona sino también en las distintas escuelas europeas). Podríamos ampliar esta crítica con la de los “investigadores digitales” que privilegian la información disponible *online* ante aquella en papel, ya sean monografías o trabajos depositados en bibliotecas, afortunadamente no es el caso del trabajo que aquí nos ocupa.

Con la crítica inicial de Juhel, este libro invita a la discusión y a la polémica atrapando al

lector desde sus primeras páginas. ¿Qué mejor argumento para continuar, pues, que el de la adopción de la sarissa?

El uso esta arma en el equipo macedonio permaneció hasta época bizantina como atributo directamente relacionado con las reformas de la falange macedonia, pues gracias a una longitud mayor que la de la lanza permitía que distintas líneas de la falange construyeran conjuntamente una pared impenetrable capaz de contener las embestidas frontales de la caballería rival. Mientras que para el investigador actual los detalles técnicos del equipo militar antiguo son fundamentales, los historiadores antiguos no se preocuparon en describirlos. Eso lleva a Juhel a discutir con esmero las evidencias a nuestra disposición, incluyendo nuevos testimonios iconográficos no considerados hasta el momento (caso de las dos figuras de Hypaspistes pintadas a los lados de la entrada de la tumba III de Aghios Athanasios, o los lanceros del mosaico de Alejandro de la casa del Fauno de Pompeya). Una de las principales conclusiones que obtiene es en relación al progresivo aumento de la longitud de la sarissa, pasando por un largo peregrinaje de lanza larga (*ca.* 12 codos) hasta alcanzar las monumentales dimensiones de 7 u 8 metros a finales del s. III a. C. En esta discusión el hecho determinante es reconocer con quien cambia definitivamente esta arma, si con Filipo II o en un momento posterior, durante las luchas entre los diádocos.

Cabe hacer un breve paréntesis y decir que para el análisis que realiza Juhel, el número de evidencias materiales e iconográficas son limitadas, y una de las que más a menudo aparece referenciadas es la tumba III de Aghios Athanasios. En relación a esto, la cronología de esta tumba se revela fundamental pues se propone una datación *ca.* 325 a. C. (p. 28) en base a detalles anticuarios relativos a las armas pintadas (*in primis* la longitud de las sarissas sobre las que se apoyan los vigilantes pintados de la entrada, pero en el segundo capítulo se considera también el tipo de escudo de los guerreros del friso –p. 108– interpretados como escudos macedonios y no argivos por la ausencia del ala perimetral, lo cual *per se* no otorga una datación concreta; y más adelante incluso el uso de la *kausia* o de particulares túnicas púrpuras). De todos modos, para la datación (y para la discusión acerca del propietario: si es como propone Tsimbidou-Avloniti un *Hetairos* o si, como propone Juhel, un *Hypaspista* –pp. 131-133–) habría sido interesante considerar también las armas recuperadas en el interior, así

como la datación del ajuar, durante mucho tiempo inédito a causa de un complicado proceso de restauración, *vid.* Τσιμπίδου-Αυλωνίτη 2011). En cualquier caso, la datación de la tumba que propone Juhel no es indiferente, pues la tumba se fecha en el último cuarto del s. IV a. C. y situarla en un extremo de una horquilla de 25 años o en el otro tiene unas implicaciones históricas considerables (de lo que Juhel es consciente, al citarlo en p. 26), pero a nivel arqueológico hay una serie de limitaciones que no permiten, en muchos casos, ser más precisos... y el caso de esta tumba es paradigmático pues algunas características de la decoración indican una posible mayor antigüedad que lo que muestran los objetos recuperados en su ajuar. Así, los argumentos que ofrece Juhel para sostener la datación alta (basados en la longitud de la sarissa en *ca.* 12 codos) entran plenamente en la justificación de su propuesta para atribuir a los antigónidas (p. 54) la transformación de la sarissa (para hacer frente a las falanges lisimáquidas, seléucidas o lágidas), pero no puede excluirse una datación en el otro extremo de la horquilla lo cual conllevaría una reinterpretación de algunos puntos.

La discusión sobre la longitud de esta arma, las evidencias arqueológicas conservadas, así como las iconográficas, ocupan la mayor parte del primer capítulo, concluyendo:

1. Que la descripción de Polieno que se ha aceptado siempre para entender cómo la reforma militar y del armamento macedonio fue obra de Filipo II (Pol. 4.2.10), debe ser revisada por su parcialidad y proponer el papel de los antigónidas (particularmente de Demetrios Poliorcetes) para la renovación y transformación de lo que hoy entendemos como falange macedonia. De todos modos, la imprecisión de dicha fuente queda demostrada en páginas sucesivas en distintos aspectos como por ejemplo sobre la presencia y uso de la coraza (casco, escudo, cnémide y sarissa), sobre lo que volveré seguidamente, y que en el texto de Juhel queda plenamente justificado en alusiones al equipo “macedónico” del ejército formado por Caracalla (DC LXXVII,7, p. 31) o en relación al equipo del ejército lágida o seléucida (pp. 40-42). Aceptar lo incompleto de la descripción de Polieno lleva a la necesidad de repensar el equipo macedonio para comprender claramente su organización, costes de equipación, artesanos empleados para su elaboración, etc.

2. Que la sarissa era un arma cambiante, que bajo los argéades podía manejarse con una única mano limitando ello su longitud a 3,5 m tuvo

distintas longitudes a lo largo del tiempo (siempre en aumento), que no sería asimilable solo a la pica y que formaría el cuerpo de la falange macedónica típica solo a partir del primer cuarto del s. III a. C.

3. Que la transformación de la falange con la inclusión de las grandes sarissas hizo que el equipo de las primeras filas de la misma tuviera que equiparse de manera acorde las necesidades que dicha técnica de combate conlleva, es decir, con equipos pesados mientras que los soldados de posiciones más retrasadas no precisarían del mismo equipo. Las implicaciones de esta distinción (ya mencionada por Delbrück en 1920) permiten reconocer incoherencias de la iconografía, así como la polifuncionalidad de las tropas.

4. Pero sin duda el éxito está en resituar los datos, volverlos a analizar criticando la vulgata relativa a la falange macedonia y, para ello, Juhel ha sabido valorar debidamente los aciertos de los pioneros de esta investigación. El método expuesto aquí convierte el presente trabajo en un punto de referencia para estudios en curso y venideros. No queda más que celebrar esta publicación y considerarla altamente recomendable, aunque su lectura requiera de unos conocimientos previos sobre el tema para aprovecharlo plenamente.

De todos modos, el primer capítulo deja abiertos varios puntos de particular interés como: ¿se limita la influencia aqueménida solo a la formación de la falange macedonia? En la p. 9 Juhel apunta dicha influencia en la conformación de las secciones de diez hombres, pero luego no se observa ninguna correspondencia en el armamento. Muy relacionado con este argumento, sería interesante abordar el tema del uso, o no, de la coraza por parte del ejército macedonio (en el quinto capítulo se ocupa, como veremos, de un tipo de coraza particular cuyo comentario completará las reflexiones que aquí hago) y la ausencia de la misma en la descripción del equipo por parte de Polieno (IV,2,10, indicado por Juhel en p. 10 o pp. 63-65). Quizás entrelazar el problema de la influencia aqueménida con el del uso de la coraza puede ser un tema a desarrollar. Tomemos como ejemplo la discusión de M. B. Charles sobre el armamento del persa con coraza representado sobre el sarcófago de Alejandro de Sidón (Museo Arq. Istanbul N. Inv. 68/370). Al analizarlo se preguntó sobre si esa coraza era una aberración en contraste con los otros persas del mismo sarcófago (Charles, 2012: 257 n. 1) lo que le llevó a una explicación basada en la es-

estructura del ejército que analizaba al distinguir diferentes estratos o rangos militares en los que solo algunos vestían corazas. Además de poner en entredicho la descripción herodotea de los persas desarmados (ἄοπλοι) (Hdt. 9.62.3), de otro momento cronológico, aunque queda claro cómo eso aludiría solo a algunos grupos pues el uso de una indefinida coraza serviría como marcador social. Entre estas acepciones, quizás valga la pena entender la ausencia de corazas metálicas en el ejército persa en dos líneas paralelas, una práctica y otra cromática. Charles, al analizar la descripción de Herodoto (9.22.2) de la túnica púrpura que Masistios lucía sobre su coraza de escamas, indica que sin esa protección no habría sido posible usar la coraza bajo el sol de Oriente medio (Charles, 2012: 260). El tipo de coraza adecuado para cada tipo de combate y situación cambia por una serie de condicionantes ambientales (temperatura, normalmente relacionada con la absorción de calor; flexibilidad o movilidad; conservación, normalmente relacionada con la oxidación del metal; etc.) y por otros relativos a los portadores (peso, tanto del portador como del equipo; dimensiones, *idem*; ergonomía; etc.) a lo que debemos sumar un desarrollo tecnológico que permitió acceder a una mayor eficacia de estas armas, ya fuere a través de un mejor trabajo del bronce, una capacidad de trabajar el hierro y la adopción del lino y el trabajo del mismo para la confección de corazas como resultado de los contactos con Egipto y las poblaciones orientales. El linothorax era la coraza que los persas adoptaron de los medas (Charles, 2012: 261 a partir de Hdt. 7.61.1), y estos de los egipcios (Charles, 2012: 262: «therefore seems unwise to use this locus as direct evidence for the ‘Egyptian cuirass’ being made of linen, though the temptation remains»), pese a que Herodoto (1.135.1) citará también que los persas adoptaron directamente «la coraza egipcia». Pero los egipcios no eran los únicos descritos como *Thorekophoroi* (Hdt. 7.89.3), también los asirios (Hdt. 7.63.1) o incluso los caldeos que usaban corazas de lino (Xen. An. 5.4.13), y cabe preguntarse si también de fieltro y si el color púrpura jugaba en ellas algún rol particular (preguntas importantes si las relacionamos con la propuesta de Juhel sobre la *phoinikis* en su quinto capítulo, *vid. infra*).

Si bien este modelo orgánico agrupado bajo la forma de *linothorax* tuvo una aceptación en el mundo griego desde finales del s. VI a. C., es a partir del auge y expansión macedonia bajo los argéadas cuando esta coraza se adopta de ma-

nera dominante en la iconografía, convirtiéndose en símbolo de la máxima condición militar llegándose a fabricar en hierro para exagerar su aspecto y mejorar su rendimiento protector (Graells, 2018a: 327-342). Pero la fabricación de armas defensivas en hierro es ajena al mundo griego y sólo tiene un cierto dinamismo en el ámbito macedonio durante la época helenística (*vid. Warin, 2011; Graells, e. p.*). Por el contrario, la fabricación de corazas de escamas en el mundo oriental y escita es ampliamente conocida (recordemos la descripción de Herodoto 7.61.1 y Estrabón 15.3.18-19 sobre el uso de las corazas hechas de escamas de hierro por parte del ejército persa). No parece descabellado aceptar una influencia oriental para las producciones de armas defensivas macedonias como consecuencia de su progresiva integración en el imperio macedonio. Quizás paradigma de ello sea el paso de Plutarco (Alex. 32.5) al citar que Alejandro se equipó con una coraza de lino tomada de los *spolia* de la batalla de Issos (θώρακα διπλοῦν λινοῦν ἐκ τῶν ληφθέντων ἐν Ἴσσοις.). Muy probablemente esa coraza no sería la de un soldado cualquiera sino la de un alto rango del ejército persa y su adopción por parte de Alejandro tendría más que una connotación militar, tratando de empatizar e integrar las nuevas culturas conquistadas.

De este modo, la falacia según la cual *Alexander's Foot Companions ... did not wear corselets* (Markle, 1982: 87), ampliamente debatida (Griffith, 1956; Markle, 1982; Juhel, 2009) parece ajustada solo al equipo de los soldados rasos, mientras que si atendemos a los hallazgos de *realia* vemos como la frecuencia de las mismas se concentra en tumbas del máximo estatus social, hecho que se corrobora con las menciones dentro del reglamento de Amphípolis (múltiples veces citado por Juhel a lo largo del trabajo; *RA* 1934.1, 39-47; *RA* 1935.2, 29-68; *Meletemata* 22, Epigr. App. 12; *ISE* II, 114; *SEG* 40.524a, 52.589, 53.589; *ABSA* 97, 2002: 401-412) que las destinan exclusivamente a los mandos.

El segundo capítulo trata ya directamente de la organización de los cuerpos de élite del ejército antigónida, considerando la transformación del cuerpo de Hypaspistes y el de Peltastes.

Los primeros se transformaron progresivamente de una guardia de combate de élite bajo Alejandro a una especie de policía militar o guardia real en época antigónida. Siendo su condición de miembros de la élite una garantía para la conservación y cuidado de la institución

que protegían. Para ello, es especialmente significativo que Juhel dedique un apartado específico al armamento de este cuerpo, valorando que funciones distintas precisarían de equipos distintos (p. 107). Para época antigónida, estaría normalmente integrado por una lanza corta (dóration/ δοράτιον, no confundir con el dóru/δόρυ o lanza de choque), un escudo argivo abombado, una túnica púrpura y un casco reglamentario que Juhel ha caracterizado bajo el término “morion” macedonio. De este equipo vale la pena comentar dos aspectos: por un lado, el uso del escudo argivo en un momento muy alejado del de su uso original y en un contexto en el que los escudos circulares macedonios tendrían un diámetro muy inferior. El motivo para ese uso es el de adoptar un aura amparada por la tradición que les permitiría una ventaja técnica. Por otro lado, el “morion”, un casco pensado para ser reconocible y distinto de todos aquellos utilizados hasta ese momento gracias a una estética particular (sobre este tema se volverá seguidamente). Utilizando este casco queda patente el interés por caracterizar a grupos particulares dentro de la estructura militar pues otros segmentos estarían equipados sencillamente con la *Kausia* o gorro de fieltro (pp. 106-107), como habían hecho precedentemente los cascos de tipo frigio para identificar a los Hypaspistes de Alejandro y el casco a pilos para la mayor parte del ejército macedonio (Juhel 2009) o el casco de cuero (κράνος ὀμβρόειον) con el que Caracalla equipó a su ejército “macedónico”.

Los Peltastas, por el contrario, fueron la versión antigónida de los Hypaspistes argéades (pp. 108, 112), aunque no es posible saber el momento en que sucedió este cambio. Su arma característica es el escudo de tipo pelta, y su organización de élite en combate sería la *Agèma* o los *Nicatores*. De todos modos, los Peltastas representan el grueso del ejército macedonio de finales del s. III a. C. Lo sorprendente del análisis de Juhel es la ilustración del escudo utilizado por estas fuerzas como circular y no en la forma de pelta que daría efectivamente nombre al portador. Ello lleva a reconocer un equipo de Peltasta en la tumba de Lyson y Kallikles o a un personaje del friso de Aghios Athanasios, lo que permite enfatizar en la voluntad de mostrar una estructura militar concreta tanto a través de los colores (vid. Graells, 2018a: 327-338) como de los equipos representados (pp. 133-136). En este punto, inevitablemente, Juhel menciona el episodio de la batalla de Heraclea con el intercambio de vestimenta y armadura coraza entre

Pirro y Megacles, indicando únicamente la singularidad de la clámide sin entrar a valorar los detalles técnicos de la armadura que eran los que conseguían hacer reconocible al rey (Graells, 2016, 2017c y e. p.).

Sea como fuere, la discusión sobre el aspecto de estos Peltastas implica valorar el paso de Plutarco (AP XVIII,7) sobre la participación de este grupo de élite en la batalla de Pydna. En su análisis, Juhel anticipa lo que desarrollará en el quinto capítulo (la *phoinikis*) y discute el término τὰ ὄπλα para traducirlo como “las armas” (pp. 137-138, luego otra vez discutido en pp. 213 y ss.). Esta discusión me parece especialmente importante para anticipar algunos de los puntos fundamentales para la identificación de la *phoinikis* en el capítulo quinto. Juhel, y quien escribe, compartimos con Lazenby y Whitehead (1996) la lectura de ὄπλιται referida a la panoplia completa de la infantería pesada, lo cual incluye la coraza y otros elementos y representa una crítica a quienes relacionan el término hoplita con el escudo (llamándolo *hoplon* y no *aspis*, sostenida por Diodoro 15.44.3, con una importante discusión sobre los términos usados en Lazenby y Whitehead, 1996: 29-31) siendo preferible considerar su dependencia de ὄπλα. El resultado es poner en entredicho el término hoplon (ὄπλον) como escudo por lo ambiguo de sus traducciones y retomar la idea genérica de panoplia, o incluso atribuirle un nuevo significado, como sería el de coraza o armadura: una mención concreta a este propósito es la cita de Aristóteles (fr. 532 Rose) a la coraza de los tebanos, utilizando el término *hoplon* (ὄπλον), que también repite Jenofonte (*Eq.* 12.2), o incluso en el episodio de Alejandro Magno en el templo de Atena Ilias, donde dedica su armadura y toma otra de las allí dedicadas utilizando también el término *hoplon* (ὄπλον) (Diod. 17.18.1), entre otros pasos que prefieren ‘coraza’ en vez de ‘escudo’ (Nicostratus fr. 29 Kock; Menander, *Monostichoi* 433, cf. 619). En cualquier caso, volviendo al episodio comentado por Juhel, parece acertada su nueva lectura para ἐπιχρῦσοις ὄπλοις como ‘armas doradas’, modificando la incorrecta traducción de ‘escudos dorados’.

En cualquier caso, el capítulo concluye poniendo en relieve el significado del púrpura para identificar los equipos de estos cuerpos de élite macedonios y aprovecha las últimas páginas del capítulo para sintetizar sus conclusiones sobre la distinta vestimenta militar de los cuerpos de élite de cada momento y zona (Hypaspistes, Peltastes y otros) analizando las figuras esculpidas

sobre el sarcófago de Alejandro de Sidón (pp. 139-144) y la estela de Aristonantes (n. 246) que sirven para contraponerse a lo que a entender de Juhel sería la dicotomía entre el equipo militar de la Macedonia argéada y de la Atenas post-Ifícrates, que podemos resumir en dos elementos fundamentales: *linothórax* y casco a pilos para el primer grupo y coraza anatómica (orgánica) y casco frigio en el segundo.

El tercer capítulo toca un aspecto complejo como es el de la infantería pesada, que juega con la ambivalencia del término pues puede referirse a una infantería armada con un equipo pesado o a una infantería que desarrollara un tipo de combate de choque, tradicionalmente atribuido a la ‘infantería pesada’ (caso de la falange hoplítica clásica), ya fuera la falange de picas o la disposición de combate concentrada en la que la presión desde atrás convertía el cuerpo de soldados en una mole de choque independientemente de si su equipo era o no pesado.

El cuarto capítulo trata primero de los pajes reales macedonios y seguidamente de los distintos términos que las fuentes utilizan para referirse a los guardias *de corps*. En este capítulo se parte principalmente de noticias relativas a episodios de la expedición de Alejandro. Después de su análisis de las fuentes escritas, Juhel pone en evidencia la frecuente confusión del léxico griego utilizado por parte de los historiadores latinos. Ello lleva a la inclusión de un apéndice dedicado al estatus del relato histórico en los historiadores de la Antigüedad.

El quinto y último capítulo vuelve a aspectos arqueológicos e iconográficos y define dos nuevos tipos de armas defensivas.

La primera de estas armas es la φοινικίς (p. 137, pp. 213-219), que se interpretaría como un *corsetto* (corselet, corpiño) púrpura. Tradicionalmente interpretado como una túnica, se demuestra en este trabajo como, en palabras de Juhel, «une cuirasse particulière». Para ello debe tomarse en consideración la descripción de Hesiquio de Alejandría: ὄπλον ἐρυθρόν (arma roja), lo cual enlaza con la acepción anteriormente comentada sobre la manera de citar a la coraza antigua y pone en evidencia que si de un manto se tratara habría sido preferible el uso de términos como clámide o himation. Además, Juhel consigue caracterizarla como coraza realizada en fieltro (pp. 216-217), distinguiéndola así de los *linothórax* o de la coraza en cuero (síntesis en Aldrete *et alii*, 2013; Graells, 2018a y e. p.) y asociándola a un rango particular del ejército macedonio, el de los Peltastas.

En relación a esta identificación, es necesario considerar un aspecto particularmente importante. El uso de la coraza como *laphyra* por parte del vencedor, pues su sustracción tiene unas connotaciones psicológicas y simbólicas precisas: la coraza del enemigo significa que se ha vencido, no una batalla sino a su élite, ya que sólo esta élite estaba equipada con coraza (Graells, 2017a y 2017b). Relacionado con ello, además, cabe comentar la discusión que sugiere Juhel en relación a un trofeo pintado procedente de Pompeya (MAN-Napoli N. Inv. 8843). Juhel lo interpreta como representación de un trofeo atálica con armas de infantería de élite macedonias (p. 136, fig. 12; 236-244, fig. 21), pero las corazas anatómicas metálicas no pueden interpretarse como armas macedonias sino suritálicas (Graells, 2018b) (y por continuidad de la tradición, romanas) igual que el casco con paragnátides anatómicas que corona el *tropaion* que se asemeja más a un casco de la serie Montefortino que no al “morion” macedonio que Juhel caracteriza en la segunda parte de este capítulo, de modo que la representación pompeyana (cuya idea original podía querer representar un trofeo atálica) mezcla elementos de la tradición itálica y los integra a una escena alegórica de clara influencia pergamena para realzar la espectacularidad de dicho trofeo y de dicha victoria, históricamente bien caracterizada por Juhel, aunque no puede negarse que hiciera alusión a la instauración de la *Nikephoria* en Pérgamo (después del 201 a. C.).

La segunda arma es el “morion” (pp. 104, 111, 219-220): corresponde a un casco que mezcla varias tradiciones claramente macedonias como el kónos y el casco “pseudo-ático” de P. Dintsis (aunque luego Juhel considera que es una evolución del tipo pseudo-corintio de Dintsis) creando una apertura frontal muy parecida a la del morrión del renacimiento, que simula una falsa visera. Para su decoración, puntualmente, se añade una pareja de cuernos, el *trilophos* o espirales en relieve a los laterales. El nombre que propone Juhel parte del parecido que este casco macedonio tiene con el morrión si lo observamos de frente, pero el borde inferior recto y la nuca terminada de manera clásica se alejan del casco del Renacimiento (caracterizado por un borde inferior curvado y una nuca que reproduce aprox. la apertura delantera con acabado en punta). La falta de ejemplares documentados por la arqueología hace que, con buen criterio, Juhel se pregunte sobre si este tipo existió realmente, aunque parece indudable la amplia

difusión que tuvo en la iconografía macedonia de carácter religiosa. Sobre esta identificación, querría considerar dos aspectos más:

El primero, crítico, refiere a la identificación de este tipo de casco a partir de la iconografía, cosa a menudo arriesgada cuando algunos ejemplares (como por ejemplo la estela de Démétrios reproducido en la fig. 23) podría corresponder a una representación del casco beocio (Antike Helme, 1989: 159-163), en su versión tardía que integra, en parte, influencias de modelos a pilos. El segundo aspecto que quería comentar es uno que refuerza la identificación de Juhel a través de una referencia poco conocida. La inscripción 1403 de Delos, relativa a un inventario de ofrendas del santuario se fecha poco después del 166 a. C. (Roux, 1989: 262) y hace mención a: *un casque «ayant» des cornes et des couvre-joues (l. 41), une cuirasse «ayant» des médaillons d'or (l. 42), une porte «ayant» 72 clous argentés (l. 45)*, etc. A efectos de destacar la singularidad de la panoplia, cabe destacar el *Addendum* de dicho artículo (Roux, 1989: 275), donde dice: *A propos de la panoplie (ci-dessus p. 264-269) et en particulier du casque doré pourvu de cornes, M. Olivier Picard, pensant aux nombreuses effigies royales à cornes, comme Alexandre ou Démétrios Poliorkète, ou à casques à cornes, comme Séleucos I, figurées sur les monnaies, estime que la panoplie, comme la trière, pourrait être celle du roi lui-même. Je partage tout à fait ce point de vue.* Con la caracterización que Juhel hace ahora del «morion» macedonio, parece que la panoplia conservada en el santuario pudiera ser, efectivamente, la de un general antigónida como había sido propuesto de manera intuitiva en momentos precedentes.

El segundo libro, en cambio, representa un catálogo de noticias y datos arqueológicos. Su breve extensión podía haberse integrado como sexto estudio del primer trabajo, pero con buen criterio Juhel decidió plantearlo como una obra independiente para enfatizar su carácter arqueológico y el método de estudio basado en la compilación de datos (principalmente bibliográficos). El valor de este trabajo viene a cubrir el vacío que existe sobre el armamento macedonio, tema privo de síntesis desde que poco después del descubrimiento de la llamada tumba de Filipo II en Vergina el Prof. Dr. P. Faklaris de la Universidad de Thessaloniki asumiera el encargo de hacerlo para época clásica y helenística. Para las armas arcaicas el conocimiento que hoy existe mejora la síntesis que en su día propuso J. Vokotopoulou, aumentando gracias a la publi-

cación de las necrópolis de Archontikó, Sindos, etc., lo cual no consigue paliar la falta de una síntesis. Ante este panorama, Juhel recopila en este trabajo, y pone a disposición de todos los investigadores, el catálogo integral de armas arcaicas, clásicas y helenísticas recuperadas en la región. Permite localizar tipos y piezas, acceder a una bibliografía complicada y facilita la labor de los investigadores que se ocupan de armas o de la guerra en ese territorio o en áreas más amplias que interactúan con el mundo macedonio. Cabe decir que el catálogo no es completo, pues son numerosas las publicaciones que tratan sobre otros hallazgos de armas en la región (ahora recuerdo, por ejemplo, una tumba cuyo ajuar está dividido entre la Walters Art Gallery de Baltimore y el RGZM en Mainz) u otros tipos de armas aquí no consideradas (caso de los apliques para corazas o cascos de tradición macedonia y epirota, *vid.* Graells, 2018a y 2019) que están presentando importantes resultados que deben ser tenidos en cuenta para la visión completa del fenómeno.

Este libro es, sin duda, una de las mayores aportaciones de los últimos tiempos para el estudio del armamento y el mundo de la guerra macedonia. Además, muestra la excepcionalidad de las armas en el registro arqueológico macedonio lo que, en definitiva, vuelve a poner sobre la mesa la identidad de los propietarios de las panoplias de las grandes tumbas de Vergina o Aghios Athanasios III.

A título conclusivo, el método, el estilo y la estructura de cada uno de los dos libros consiguen desmontar los prejuicios e ideas preconcebidas que la mayoría de lectores y especialistas tendrían para cada uno de los temas abordados. Juhel lo consigue por su erudición, pero también por su atrevimiento (que podríamos considerar una especie de rebeldía al protocolo y esquema tradicional) al presentar dos obras que no encajan en ninguna de las categorías con las que habitualmente pensamos cuando nos referimos a una monografía:

- Los cinco estudios compilados en el primer volumen responderían, normalmente, a una miscelánea u obra editada. Aquí, en cambio, Juhel se ha atrevido a cambiar lo habitual con una fórmula hábil que ha juntado cinco partes, aparentemente inconexas como lo muestran en sus bibliografías específicas concluyendo cada una de sus investigaciones, para mostrarlas complementarias y ofrecer una lectura renovada sobre la estructura militar y la infantería macedonia.

- El segundo volumen tampoco es un libro tradicional, pues está a mitad de camino entre el catálogo de piezas y noticias bibliográficas, el estudio arqueológico de los datos y la contextualización histórica de algunos materiales y episodios.

Paradójicamente, esta compartimentación del discurso consigue poner orden a un campo de trabajo complejo y de difícil acceso pues la estructura de introducción-desarrollo y conclusiones para cada tema afrontado facilita su comprensión. Además, la profundidad con la que se han elaborado hacen de cada una de estas contribuciones un compendio de enorme erudición y, de manera más pragmática (o mecánica), pone a disposición del lector una recopilación enorme de datos difíciles de localizar (en muchos casos, por las características intrínsecas de las publicaciones de informes de excavación en Grecia –septentrional– y en Macedonia del norte). La combinación de los dos trabajos se convierte hoy en un instrumento de trabajo excepcional para especialistas expertos, pues es necesario advertir que no es un libro para debutantes al focalizar la atención en problemas concretos a menudo muy específicos, ahorrando espacio a introducciones o contextualizaciones.

Pese a la densidad y exhaustividad del trabajo, que hace de su lectura un ejercicio exigente, estas publicaciones son, sin lugar a dudas, dos de las aportaciones más relevantes en relación a la arqueología de la guerra de época helenística editadas en la última década. El lector no quedará indiferente, pues aprenderá y participará de la riqueza y complejidad del argumento, así como de lo mucho que falta aún por esclarecer.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldrete, G. S.; Bartell, S. y Aldrete, A. (2013): *Reconstructing Ancient Linen Body Armor: Unraveling the Linothorax Mystery*. Baltimore.
- Charles, M. B. (2012): «Herodotus, Body armour and Achaemenid infantry», *Historia*, 61 (3): 257-269.
- Dintsis, P. (1986): *Hellenistische Helme*. *Archaeologica* 43. Roma.
- Graells, R. (2016): «Las corazas itálicas y epirotas de Pietrabbondante». *RIASA* 71, iii s., xxxix: 9-22.
- Graells, R. (2017a): «L'immagine muta del trionfo. Il tropaion sud-italico della Antikensammlung di Munchen e il suo contesto», A. Pontrandolfo y M. Scafuro (a cura di), *I^o Dialoghi sull' Archeologia della Magna Grecia e del Mediterraneo* (Paestum 7-9 Settembre 2016). Grandi storie e archeologia: il Mediterraneo antico tra conflitti ed integrazione (Paestum), vol. I, 51-60.
- Graells, R. (2017b): «Las corazas incorruptas. Un problema histórico-arqueológico sobre la permanencia en exposición de Armas en Santuarios». *Ostraka* XXV: 53-66.
- Graells, R. (2017c): «La coraza de Pirro». *Desperta Ferro Antigua y Medieval*, septiembre, 43, Pirro (I). Un rey contra Roma: 54-59.
- Graells, R. (2018a): *Corazas helenísticas decoradas. ὄπλα καλὰ, los 'Siris Bronzes' y su contexto*. *Studia Archaeologica* 223. Roma.
- Graells, R. (2018b): «Le corazze nei santuari dell'Italia meridionale», R. Graells y F. Longo (a cura di), *Armi votive in Magna Grecia*, Atti Convegno Paestum 24-25 novembre 2017. RGZM-Tagungen 36. Mainz: 159-194.
- Graells, R. (2019): «Il Santuario di Dodona e le armi», C. Malacrino, K. Soueref y L. Vecchio (a cura di), *Il santuario di Dodona e la Magna Grecia*, Catalogo della Mostra. Reggio Kalabrien: 35-47.
- Graells, R. (en prensa): «El color de las corazas helenísticas», G. Tagliamonte y R. Graells (a cura di), *Il mestiere delle Armi*, Atti del seminario svolto a Lecce il 27 giugno di 2017.
- Griffith, G. T. (1956): «Makedonika, Notes on the Macedonians of Philip and Alexander». *PCPhS* 184 n. s. 4: 3-10.
- Juhel, P. (2009): «The Regulation Helmet of the Phalanx and the Introduction of the Concept of Uniform in the Macedonian Army at the End of the Reign of Alexander the Great». *Klio* 91 (2): 342-355.
- Lazenby, J. F. y Whitehead, D. (1996): «The myth of the hoplite's hoplon». *The Classical Quarterly* 46 (1): 27-33.
- Markle, M. M. (1982): «Macedonian Arms and Tactics under Alexander the Great», B. Barr-Sharrar y E. N. Borza (eds.), *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*. Studies in the History of Art 10. Washington: 87-111.
- Roux, G. (1989): «L'inventaire 1403 du Neorion delien». *BCH* 113 (1): 261-275.
- Τσιμπίδου-Αυλωνίτη, Μ. (2011): Άγιος Αθανάσιος, Μακεδονικός τάφος III. Ο οπλισμός του ευγενούς νεκρού, in *NAMATA*, Τιμητικός Τόμος για τον Καθηγητή Δ. Παντερμαλή. Θεσσαλονίκη: 351-363.

Warin, I. (2011): «L'armement défensif en fer dans les régions de la Grèce, de la Macédoine et de la Thrace au IV^e s. av.J.C.: identités et techniques de fabrication», J.-C. Couvenhes, S. Crouzet y S. Péré-Noguès (dirs.), *Pratiques et identités culturelles des armées hellénistiques du monde méditerranéen*. Hellenistic Warfare 3, Scripta Antiqua 38. Bordeaux: 269-283.

Raimon GRAELLS I FABREGAT
Römisch-Germanisches Zentralmuseum (RGZM)
graells@rgzm.de

GRAELLS I FABREGAT, R.: *Corazas helenísticas decoradas. Όπλα καλά, los 'Siris bronzes' y su contexto* (*Studia Archaeologica*, 223), Roma: «L'Erma» di Breitschneider, 2018. 408 pp., 18 pp. de planches, ill. : bibliogr. - ISBN : 978-88-913-1619-6 (imprimé); 978-88-913-1622-6 (e-book).

Corazas helenísticas decoradas. Όπλα καλά, los 'Siris bronzes' y su contexto a été honoré du XVIII^e premio l'ERMA per l'Archeologia. C'est une monographie qui, à partir de la reprise du dossier quelque peu oublié desdits 'bronzes de Siris', prend en charge l'examen de détail des parties accessoires des cuirasses de métal d'époque hellénistique: les éléments proprement défensifs en premier lieu (ἐπίμιδες d'une part, πτέρυγες de l'autre), ceux relatifs aux ornements des armes ensuite (appliqués d'or ou d'argent). C'est là la grande originalité de cet ouvrage, le sujet étant quasiment vierge.

Dans ses grandes lignes, la monographie, outre une introduction, est divisée en six parties:

- I. Les 'bronzes de Siris'
- II. Les ἐπίμιδες de métal
- III. Les πτέρυγες de métal
- IV. Γοργόνεια, appliqués d'or ou d'argent
- V. Questions chromatiques
- VI. Conclusions

Actuellement en poste au Leibniz-Forschungsinstitut für Archäologie du Römisch-Germanisches Zentralmuseum, l'étendue des connaissances de Raimon GRAELLS I FABREGAT (plus bas, «GiF») est vaste. On le constate non seulement en se rendant à la bibliographie du livre, très riche, que par les relations qu'il entretient avec les autres spécialistes des domaines qu'il explore, très manifestes dans les trois pages d'*agradecimientos* ('Remerciements') qui précèdent l'*INTRODUCCIÓN*. Ces domaines sont les armements ibérique, italique ou grec – et les liens que ces traditions techniques parfois différentes entretiennent les unes avec les autres. L'auteur est ainsi un savant qui, bien qu'au milieu de sa carrière, fait déjà autorité dans ce domaine.

L'ouvrage débute donc par une *INTRODUCCIÓN* (pp. 17-23) où l'auteur met en exergue la notion des «Όπλα καλά» ('belles armes') qui semble trouver son origine chez XÉNOPHON. Au-delà des critères purement esthétiques, GiF, après d'autres, montrent que des armes splendides avaient pour objet tant de mettre en valeur celui qui les portait que d'impressionner ses adversaires. Sans pour autant (ou du moins était-ce un idéal), nuire à la fonction première d'une arme défensive: protéger.

I. LOS 'SIRIS BRONZES' (pp. 25-152)

Cette première partie reprend le dossier quelque peu enfoui des 'bronzes de Siris', à savoir des plaques de bronze richement ouvragées, trouvées vers 1820 et acquises dans la troisième décennie du XIX^e siècle par le British Museum.

Ces plaques avaient été dès l'origine attribuées à une cuirasse dont elles auraient été des éléments amovibles venant couvrir, à partir d'attaches fixées sur le sommet des épaules (fig. 1, p. 26) et du côté seulement du plastron, les clavicales. L'auteur en fait la description très précise (pp. 28-33), avant d'en examiner quelle pouvait en avoir été leur fonction (pp. 34-36). Il rappelle à cette occasion l'interprétation divergente pour la première fois émise par Heilmeyer, à savoir que ces deux éléments n'auraient pas été des ἐπίμιδες, mais des παραγναθίδες. GiF passe en revue les auteurs ayant tenu pour la première ou la seconde interprétation (ceux-ci en nombre moindre), et rappelle que, pour quelques autres, minoritaires, ces plaques n'auraient été que de simples éléments décoratifs. Après un utile parallèle avec une étude de Gombrich qui avait montré combien la fausse attribution d'un Hercule de bronze à un atelier allemand du XVI^e siècle (alors que cette sculpture provenait d'un

meuble vénitien du siècle suivant) avait mené les historiens de l'art sur de fausses pistes, le lecteur s'attendrait à ce que GiF en vienne à développer ses propres arguments justifiant de la position qu'il avait présentée d'entrée, à savoir que ces plaques provenaient d'une cuirasse. Or, alors qu'il avait annoncé, dans son *INTRODUCCIÓN*, de longs développements visant à justifier ses positions («Asumo el riesgo de exponer todos los puntos argumentales e hipótesis para aclarar interpretaciones sobre contextos, conceptos y explicaciones», p. 21), de façon quelque surprenante, il n'en ait rien ici. Le lecteur qui cherchera des raisons positives à l'attribution de ces objets à des *ἐπώμιδες* restera donc sur sa faim. Pourtant, à partir de la description matérielle très précise effectuée, n'aurait-il pas été possible de favoriser, par des parallèles soit avec des *παραγναθίδες*, soit avec d'autres *ἐπώμιδες* de métal, l'une ou l'autre des deux interprétations?¹ D'autres parallèles, cette fois-ci avec d'autres périodes où fleurissait l'armement défensif de métal, le Moyen-Âge ou la Renaissance, n'auraient-ils pas été riches d'enseignements?

Nous aurions bien voulu suivre l'auteur dans la voie qui fut la sienne, manifestement assez évidente pour lui. Mais nous avouons mal comprendre l'intérêt d'*ἐπώμιδες* amovibles (ou plutôt de demi-*ἐπώμιδες* amovibles) alors que ces pièces avaient évidemment pour fonction de protéger le sommet des épaules tout en permettant de tenir plastron et dos des cuirasses métalliques, comme le montre l'iconographie ou les pièces présentées par GiF – et en premier lieu, la cuirasse de fer exhumée dans la tombe III d'Aghios Athanasios (cf. p. 339, fig. 150). Nous craignons donc que, tombant dans le piège dont pourtant il se défiait lui-même, il se soit totalement mépris sur la nature des objets étudiés. Auraient-ils donc, en fait, été des *παραγναθίδες* comme l'avaient avancé de nombreux auteurs (cf. p. 25, n. 38)? Tout comme pour GiF, ce n'était pas à première vue notre impression. Car une applique dont la plus grande largeur conservée est de quelque 13 cm (cf. p. 28), largeur quasiment identique pour le sommet de l'objet, serait, selon nos rapides estimations anatomiques et en supposant que les aient été fixées de façon telle qu'elles dégageaient les oreilles, venue couvrir

les yeux au niveau du muscle temporel inférieur de la région zygomatique et des os malaires² – mais l'auteur n'aurait-il dû lui-même entrer dans de telles considérations afin d'appuyer sa thèse? Il nous semble que ces pistes auraient dû être explorées.

En outre, un casque trouvé à Kertch en 1835 (Schröder, 1912 : Beilage 13, 4 et 5), qui avait été décrit comme suit, «In einem Grab bei Kertsch mit einer Münze des Lysimachus gefunden. Eisen. H. 0,315. Im Innern Spuren einer Kappe von Holz. Aus Silber sind die Athenabüste über der Stirn, die Medüsenhaupter an den Seiten und die Figuren der geflügelten Skylla, mit einer Fackel in der Linken und einem an die Schulter gelehnten Ruder in der Rechten, auf den Wangenklappen.» (Schröder, 1912: 328), possède des *παραγναθίδες* montrant des personnages en relief qui font incontestablement penser aux figures des 'bronzes de Siris'. Cette arme a été étudiée en détail par un savant russe (Aleksinskiy, 2008) – nous remercions Y. Kuzmin d'avoir porté cet article à notre connaissance. Cette similitude, fort frappante, ne pousserait-elle pas à voir dans les 'bronzes de Siris' non des *ἐπώμιδες* mais des *παραγναθίδες*? (NB: ce casque de Kertch, et donc ces deux études-ci, n'étaient pas connus de GiF).

En tout état de cause, la piste des *παραγναθίδες*, à laquelle tant la forme des plaques que leur iconographie en relief font penser, ne peut être écartée si l'on songe non à des appliques d'une arme réelle mais à des ap-

¹ Le lecteur découvrira que GiF, plutôt maladroitement quant à la structure de son étude, entrera plus bas dans de telles considérations.

² *Contra*, semble-t-il, les *παραγναθίδες* d'un des deux casques trouvés dans la fameuse tombe de Prodromi (Rakatsanis, 1980) et dont le matériel militaire fut publié plus en détail dans un article contemporain (Choremis, 1980. Couvrant en partie les oreilles, elles sont très larges, mesurant plus de 10 cm (ces dimensions n'avaient pas été donnée par Choremis. Nous sommes rapprochés de l'Αρχαιολογικό Μουσείο Ιγουμενίτσας où ce matériel est désormais conservé. Mais, malheureusement, il ne peut-être en ce moment étudié. Selon la bonne photographie de profil transmise par A. Tzortzatos, les *παραγναθίδες* du casque argenté ont pour plus grande largeur, selon notre estimation, quelque 11 cm – sous réserve donc de confirmation par examen de l'arme elle-même). Les armes de ladite 'tombe de Philippe II' de Vergina n'ont à ce jour pas été scientifiquement publiées – le détenteur des droits de publication, nous avait montré sa monographie inédite (Faklaris, 1994) qui, à notre connaissance, le reste à ce jour. Mais parmi celles-ci le casque de fer montre des *παραγναθίδες* très larges (Andronicos, 1979: pl. XLIII ; Andronicos, 1984: 140-141, fig. 97 et 98).

pliques d'un casque qui aurait pu être celui de quelque statue de bronze de taille supérieure à l'échelle un pour un. Nous avons touché à cette question dans notre récente monographie (Juhel, 2017a: 9).

Quoi qu'il en soit, l'auteur entreprend ensuite une analyse très détaillée des scènes en relief qui décorent ces deux plaques. Nous partageons entièrement sa méthode d'analyse et les espoirs que sa mise en œuvre portent: à partir d'un examen très minutieux des détails et leur mise en relation avec les *Realia*, affiner la datation des objets en question par les relations positives que l'on peut dresser avec des artefacts bien situés chronologiquement: «Para contextualizar y fechar las piezas, además del estilo, de atender a la morfología y función de las piezas, así como a detalles técnicos (...), es necesario considerar el estudio anticuario de los elementos arqueológicamente reconocibles, es decir, las armas representadas.» (p. 51).³

Cette analyse-ci débute par la présentation de conceptions antérieures, qui visaient à établir que l'iconographie était à mettre en relation avec quelque mythe (pp. 37-47). Puis GiF, avec une grande érudition, examine les figures masculines (pp. 42-49), les figures féminines (pp. 49-51), et tout spécialement, clefs sans aucun doute, l'équipement des personnages (et surtout leurs armes): casques (pp. 51-56), boucliers (pp. 56-58), chlamydes (p. 58), avant que de s'interroger sur l'absence d'armes offensives (pp. 58-64). La voie que l'auteur explorera plus particulièrement est celle de l'exaltation du possesseur de l'arme où étaient fixées ces plaques finement ouvragées (pp. 64-72). Sans doute, en effet, un tel luxe devait avoir été produit pour quelque personnage de haut rang. Ainsi GiF conclura-t-il de la sorte: «una panoplia tan ricamente decorada podría haber pertenecido a un personaje destacado, fácilmente reconocible, tal y como demuestra el paso en el que Pirro cedió su coraza a Megacles durante la batalla de Heraclea para confundir al enemigo ante la fácil identificación de su panoplia.» (p. 72). Ayant renversé l'ordre sans doute normal de l'examen des objets archéologiques, l'auteur en vient ensuite, seulement, à l'étude détaillée de la question de leur origine. Remarquant justement

³ De sorte que nous partageons aussi la conception que les «implicaciones de esta correlación entre Realia y modelo escultórico puede reabrir la discusión para la datación de otros modelos escultóricos helenísticos fechados en cronologías demasiado bajas.», p. 55.

que l'on ne peut que partir de ce que l'inventeur, Brønstedt, en avait rapporté⁴, et que, dès lors, la question demeurera sans doute à jamais incertaine, les cinquante pages que GiF consacre à la question seront moins intéressantes par les résultats concrets à espérer d'une telle enquête, que pour la longue étude des origines possibles des armes antiques en général, et grecques en particulier, dont, dans la majorité des cas, on ignore le contexte archéologique. Si cette vaste enquête rompt quelque peu le fil de l'examen (l'auteur n'aurait-il pas mieux fait d'en faire un article particulier ?), on lira avec grand intérêt ces pages examinant les lieux où, possiblement, ces plaques avaient été trouvées: un champ de bataille?⁵ Un sanctuaire?⁶ Une tombe?⁷ En conclusion de longs et érudits parallèles, l'auteur penche plutôt pour un contexte funéraire individuel marqué par un caractère religieux privé – car *a contrario*, «la procedencia de la epómides del Siris de un santuario parece una opción complicada» (p. 116). GiF en vient ensuite aux questions de la datation des bronzes de Siris⁸ à celles des techniques utilisées⁹, et enfin de l'origine de l'atelier et du lieu de production (pp. 142-152), où ses arguments aboutiront à défendre une origine épiro-macédonienne.

⁴ «They were found, in the year 1820, in Italian Greece, not far from the small river anciently called Siris, and near the site of the old town of Grumentum in Lucania (now Saponara, in the province of Basilicata), and within the enclosure of a ruin, which has, perhaps, been a small temple.», cité p. 73, ainsi que, quelque peu maladroitement, de nouveau p. 94.

⁵ Aux pp. 79-93 – et spécialement quelque trophée qui y aurait été érigé, occasion pour GiF d'un autre *excursus* sur le surprenant trophée conservé à l'Antikensammlung de Munich, pp. 84-93.

⁶ Aux pp. 93-116. Nous avons ici relevé des développements sur le contexte historique, dont les usages différents des Grecs et des Italiens, du moins jusqu'au IV^e siècle av. J.-C. (pp. 93-94) ; ou encore sur les procédés propres à ces derniers dans l'exposition des armes (p. 104).

⁷ Aux pp. 116-132 – et spécialement quelque *naïskos*, petit monument funéraire si en vogue en Grande-Grece, pp. 122-132.

⁸ «CRONOLOGÍA» (pp. 132-136), ses conclusions menant à placer ces objets dans la seconde partie du IV^e siècle av. J.-C., voire encore au début du siècle suivant (p. 136).

⁹ Notamment pour les figures en relief ; «TECNOLOGÍA» (pp. 136-142), où l'auteur milite pour l'utilisation de la cire perdue.

II. EPÓMIDES METÁLICOS

«Con las conclusiones del capítulo anterior, surge la pregunta de si sólo los epómides del Siris pueden atribuirse a dicha producción epiro-macedonia o si, por el contrario, la serie completa de los apliques metálicos (epómides y *ptéryges*) tiene esta misma filiación, en cuyo caso se definiría un tipo concreto de coraza propio de esa misma área»: c'est là toute l'ambition de la deuxième partie.

Celle-ci débute par une rapide description de la fonction et du mode de fixation des ἐπώμιδες (pp. 153-154). Ces lignes, qu'à notre avis l'auteur aurait dû placer à l'abord de son étude pour justifier ensuite de l'attribution des 'bronzes de Siris' à de telles pièces de l'armement défensif, n'ont pas révoqué les doutes que nous avons exprimés ci-dessus – à savoir que les 'bronzes de Siris' fussent des ἐπώμιδες. Plus particulièrement, quant au système de fixation des ἐπώμιδες (question centrale pour juger de cette attribution), nous avons remarqué que GiF ne s'appuie que sur des figures d'une thèse inédite, et sur quelques pages d'une monographie (Aldrete *et alii*, 2013) dont lui-même avait jugé que «The book contributes little to the archaeological study of the subject; nevertheless, the technical details it offers make it a useful aid for historical reconstruction teams. The project's greatest contribution, however, is educational.» (Graells i Fabregat, 2014)¹⁰. Dans la foulée de nos doutes, nous relèverons que l'auteur s'est arrêté sur une interrogation d'un de ces prédécesseurs: «Schwartz proponía dos posibilidades para explicar la rigidez de los epómides» (p. 154). Mais cette rigidité ne dériverait-elle pas de ce que nous subodorions, soit une attribution erronée de nombre d'appliques de bronze à des ἐπώμιδες ?

L'auteur débute sa sous-partie «TECNOLOGÍA Y CLASIFICACIÓN DE LOS EPÓMIDES METÁLICOS» (pp. 155-166) par un examen que, une nouvelle fois, l'on se serait attendu à trouver plus haut dans son étude: «Para poder indentificar unas placas como epómides, creo necesario reflexionar sobre las medidas y compararlas con las de distintas series de paragnátides, puesto que a menudo se han confundido con este tipo de objetos.» (p. 155). On trouvera donc dans les pages qui suivent, enfin pourra-t-on penser, les dimensions des appliques que GiF considère comme des ἐπώμιδες, mises en regard d'incon-

testables παραγναθίδες – malheureusement, le tableau qui correspond à la fig. 52 (p. 159), est quelque peu obscur: on y a oublié d'indiquer laquelle des deux colonnes correspond ici aux ἐπώμιδες, là aux παραγναθίδες (et sans que la légende ou le corps du texte ne fournissent les clefs de son déchiffrement ; en outre, que signifie «cho») ?¹¹ La section suivante («Tecnología», pp. 160-164) aborde tout d'abord, brièvement, la question des techniques permettant la décoration de ces objets. L'auteur ne fait fond que sur les travaux de Rolley. Mais peut-être aurait-il dû éclairer ce point en explorant les bases de la recherche sur l'orfèvrerie antique, voire par des parallèles tirés d'époques plus récentes et mieux documentées, comme par exemple la Renaissance? GiF s'arrêtera plus longuement sur la question de savoir comment les ἐπώμιδες étaient fixées à la cuirasse (pp. 161-164), avant que d'en proposer selon leur morphologie une «Clasificación» (pp. 164-166). Ce n'est qu'ensuite que l'auteur dressera le catalogue de ces appliques, tant le catalogue des représentations iconographiques que celui des *Realia*. Mais, une nouvelle fois, ne met-il pas la charrue avant les bœufs? N'aurait-il pas dû commencer par cet inventaire avant que d'en proposer une typologie? Ce fut ici notre impression première. Mais cette interrogation conduit au centre de la difficulté de son entreprise. Car sans doute fallait-il avoir une conception préétablie de ce que pouvaient être des ἐπώμιδες avant que de faire entrer telle ou telle applique dans ce groupe d'objets.

Après le catalogue des «EPÓMIDES METÁLICOS A PARTIR DE LA ICONOGRAFÍA» (pp. 166-178), GiF dresse celui des appliques de bronze qu'il considère comme des ἐπώμιδες (ou leurs fragments) – «CATÁLOGO DE LOS EPÓMIDES METÁLICOS» (pp. 179-214). Nous sommes retombés dans nos doutes quand nous avons trouvé, dans cette liste, des appliques circulaires dont, s'il s'était agi d'ἐπώμιδες, la fonction n'aurait été que de protéger (par-dessus la cuirasse ?) la zone des clavicules (cf. catalogue n° E7, E8,

¹¹ L'analyse du tableau à laquelle le lecteur est contraint permet tout de même de déduire que la colonne de gauche concerne les παραγναθίδες, celle de droite les ἐπώμιδες (mention là des plaques de Siris), alors que la légende est déroutante puisqu'elle inverse les choses: «Tabal de dimensiones de epómides y paragnátides ». Quant à «cho», il s'agit vraisemblablement d'une coquille pour «ancho».

¹⁰ Seulement *on-line*, cf. www.ajaonline.org.

E9, E12). Cette attribution étant surprenante¹², l'auteur n'aurait-il pas dû établir des parallèles iconographiques?¹³ Notre scepticisme a aussi trouvé de la matière avec l'applique n° E9, dont la forme, comme le remarque GiF lui-même, fait évidemment penser à une *παραγναθίς* mais dont la taille, plus de 16 cm, peut en effet faire douter qu'il s'agisse d'un tel objet. Si, néanmoins, cette attribution ne nous paraît pas absolument impossible, l'auteur n'a pas ici songé à une piste qu'il évoque lui-même plus haut dans son étude (p. 177), à savoir qu'il pu s'agir de quelque *παραγναθίς* d'une statue de bronze de taille supérieure à l'échelle un pour un, selon une hypothèse qui pourrait aussi expliquer, nous l'avons vu plus haut, la nature des 'bronzes de Siris'.

Après avoir étudié une série d'appliques dont GiF doute qu'elles fussent des *ἐπώμιδες*¹⁴, l'auteur se penche minutieusement sur leur analyse iconographique (pp. 215-227), avant que d'en venir à la question des ateliers («TALLERS DE LOS EPÓMIDES METÁLICOS», pp. 227-235). Les premières pages de cette sous-partie continuent en fait l'analyse iconographique. N'aurait-il donc pas été plus judicieux de la faire débiter p. 232 ? Quoi qu'il en soit, au terme de cette analyse, et ayant aussi pris en compte la morphologie de ces appliques, GiF distingue deux ou trois ateliers, l'un «de vocación o comisión occidental», l'autre «de vocación oriental, macedonia», et peut-être un troisième «para un área intermedia, en la que los relieves y trabajo tendría una alta

calidad» et où l'on retrouve, parfois, le thème de l'amazonomachie propre au premier groupe. Nous avouons un certain scepticisme quant à la possibilité de pouvoir distinguer des ateliers différents à partir de thèmes voire de différences morphologiques que, selon notre opinion, l'on pouvait retrouver ici ou là dans le monde grec. En outre, est-il bien admissible d'imaginer, pour ces appliques, deux ou trois ateliers seulement alors que sans doute chaque cité grecque de quelque importance avait ses orfèvres, et que la production de l'armement n'était vraisemblablement pas centralisée? Quoi qu'il en soit, ces questions d'origine géographique seraient sans doute largement éclairées par des analyses métallurgiques du matériel, qui seraient à entreprendre en amont. Si, évidemment, on ne peut critiquer l'auteur de n'avoir pas fait fond sur de telles études (généralement inexistantes, elles ne peuvent guère être réalisées que par les institutions qui conservent le matériel, et elles relèvent également de sciences auxiliaires de l'archéologie), cette piste éclairerait sans doute ces questions d'origine – et bien que l'origine d'un métal ne puisse évidemment et absolument déterminer la localisation de l'atelier où les objets furent produits.

Cette partie se conclut par la «CRONOLOGÍA DE LOS EPÓMIDES METÁLICOS» (pp. 235-236). «La cronología de los épomides del Siris [...] ha servido para enmarcar la de la serie» (p. 235). Nos doutes sur la nature des dites «épomides del Siris», joints à ceux exprimés plus haut, nous conduisent, par voie de conséquences, à repousser peu ou prou les conclusions de l'auteur. Mais en tout cas, pour lui, le premier groupe, «con ángulos rectos y/o redondeados» (p. 236) relevait des cuirasses de matière périssable (*linothorakes*) et couvrait, chronologiquement, la totalité de la période de l'Antiquité grecque ; le deuxième groupe, «con perfil sinuoso» (*ibid.*) ne concernerait que les cuirasses anatomiques de bronze dans la seconde partie du IV^e siècle av. J.-C. ; le dernier ensemble, enfin, «con formas elípticas» serait plutôt d'origine macédonienne et relèverait des débuts du III^e siècle av. J.-C. (*ibid.*)

III. PTÉRYGES METÁLICOS

La troisième partie aura pour objet d'identifier comme *πτέρυγες* de cuirasses métalliques certaines appliques de bronze. Si GiF a man-

¹² GiF la justifiait par le système de fixation: «El elemento que permite identificar esta pieza [n° E12 du catalogue] como epomis es el motivo floral del extremo inferior, destinado a albergar el pasador y la anilla para su fijación» (p. 194). Mais cette raison est-elle suffisante? L'argument étonne.

¹³ Qui a notre connaissance sont inexistantes, ce qui nous pousse à penser que ces appliques n'étaient pas des *ἐπώμιδες*.

¹⁴ À ce titre, étant donné que GiF ne plaçait pas parmi les *ἐπώμιδες* toute une série de plaques ovales (cf. pp. 212-215), le lecteur ne peut que se demander pourquoi trois appliques de forme pourtant ovale provenant de Thessalie sont rangées, sans critique, parmi le catalogue de ces appliques-ci? Peut-être parce que l'étude sur laquelle il faisait fond les considérait comme telles? Mais celle-ci (Asderaki-Tzoumerkioti et Karydas, 2011) n'était qu'une analyse métallurgique du matériel qui, quant à l'aspect strictement archéologique, s'appuyait sur deux articles. Or dans l'un des deux du moins (Nikolaou, 2000), il ne se trouve, étonnement et sauf erreur de notre part, aucune information sur ces artefacts – nous n'avons malheureusement pas pu avoir accès au second article (Chatziagellakis, 2000).

qué l'exploration lexicographique du terme¹⁵, les premières pages de cette partie définissent les difficultés de l'entreprise. En premier lieu, comme l'indique l'auteur, l'absence de tels objets dans un contexte archéologique obvie: «Lamentablemente, ninguna de estas piezas ha aparecido asociada a corazas o agrupadas con otros ejemplares que permitan reconstruir su organización» (p. 238). Les identifications devront donc se faire par parallèle avec l'iconographie et l'auteur, selon cette tendance maladroite de présenter à l'abord de ses examens ses résultats, remarque qu'«A partir de segunda mitad del s. IV a. C. parece observarse [...] una mayor diversificación morfológica de los *ptéryges* y, por la primera vez, la aplicación de placas metálicas sobre la tiras orgánicas de las corazas anatómicas.» (p. 238). Selon l'étude de Richardson dont GiF rappelle les résultats (pp. 238-239), la représentation, dans l'iconographie italote, de cuirasses anatomiques dotées de *πτέρυγες* est rare. Ce constat ne pousse-t-il pas le lecteur, de nouveau, à douter que bien des plaques généralement rectangulaires dont, plus bas, l'auteur dressera le catalogue, en aient relevé ? D'autant plus qu'à notre avis, avec la représentation du cratère à volute attribué au peintre de la naissance de Dionysos, dont GiF donne une reproduction de détail (p. 240, fig. 102), les *πτέρυγες* décorées de petits personnages n'étaient pas fixées à la cuirasse anatomique. Mais elles formaient plus vraisemblablement les parties inférieures du corselet que les soldats équipés de telles cuirasses devaient porter sous ces armes pesantes, pour se protéger des frottements du

métal¹⁶. De sorte que, *in fine*, à supposer que les plaques cataloguées par l'auteur relevassent bien de cette partie de l'armement défensif, il faudrait plus précisément, à notre sens, les considérer comme des appliques de métal de *πτέρυγες* que comme des *πτέρυγες* elles-mêmes. Le fait que bien d'entre elles soient percées sur tout leur contour suggère qu'elles étaient fixées sur quelque support et donc, à notre avis, sur les propres *πτέρυγες* du corselet de matière organique porté sous la cuirasse de métal. Dénommé 'gambison' dans l'armement défensif de corps médiéval¹⁷, ce corselet avait nécessairement existé dès l'Antiquité. Car la cuirasse ne pouvait être portée directement sur un simple habit, qu'il se soit agi de la chemise du chevalier ou du chiton de l'hoplite. Cet accessoire de la cuirasse s'imposait par nature. Or la publication récente d'un traité datable du Bas-Empire indique en toutes lettres son utilisation chez les Grecs et les Romains: «Parmi tout ce que les Anciens ont imaginé pour l'usage militaire dans leur prévoyance pour les générations futures, il y a aussi le *thoracomachus*. C'est en effet la sollicitude, fille de la crainte, qui, avec l'habileté pour maîtresse, a créé à partir de laines douces ce type de vêtement, fabriqué en feutre aux mesures et pour la protection de la poitrine humaine; ainsi, une fois qu'on l'a enfilé, d'abord la *lorica*, le *clibanus* ou ce qui y ressemble ne blessent pas les parties sensibles du corps sous l'effet de leur poids et de leur aspérités; en outre, les membres de celui qui la (sic) porte peuvent résister à la fatigue, soulagés qu'ils sont par ce confort au milieu des difficultés causées par le combat et le froid. Pour éviter que ce *thoracomachus*, battu

¹⁵ GiF n'indique qu'une seule attestation du mot, chez XÉNOPHON, «*Hip XII.4*». Outre que cette référence est fautive (ce n'est pas dans *Le commandant de la cavalerie* qu'elle se trouve, mais dans *De l'art équestre* – avec une seconde plus bas, au § 6), il faudra également signaler un autre extrait de ce même auteur (*Anabase*, IV, 7 § 15). Et, chez les lexicographes, deux définitions: «*θώραξ* καὶ τὰ μέρη τοῦ θώρακος *πτέρυγες*, καὶ τὸ μέσον αὐτοῦ γύαλον [la cuirasse et les parties de la cuirasse les *πτέρυγες*, et sa partie centrale le plastron] », POLLUX, I, 134; «*πτέρυγες* σκέπαις [*πτέρυγες*: protections]», HÉSYCHIUS, s.v. *πτέρυγες*. Enfin, il faudra verser à ce dossier somme toute quelque peu maigre la scholie du manuscrit de la bibliothèque Bodléienne d'Oxford au passage de l'*Anabase* ci-dessus indiqué: «*πτέρυγας λέγει τὰς περόνας· λέγει οὖν ὅτι ἀντὶ τῶν περονῶν σπάρτας ἐδέσμιον*. [il nomme *πτέρυγες* les lambrequins: il dit donc qu'à la place des lambrequins ils (les Chalybes, dont l'équipement militaire était ici décrit) nouaient des cordes tressées] » (Dindorf, 1855: 389).

¹⁶ C'est notre avis un tel corselet (et non une cuirasse de matière organique comme le pensait GiF) que l'on semble distinguer sur une des faces du cratère conservé dans les collections des Staatliche Museen de Berlin sous le n° d'inv. 1984.45 (p. 242, fig. 104). Car nous remarquons, autant du moins que l'on puisse se fier au réalisme de la représentation, l'absence d'*ἐπώμιδες*.

¹⁷ «(...) il fallait nécessairement un vêtement entre le haubert de mailles et la chemise, autrement la maille n'eût pas préservé le corps et eût été insupportable. Ce vêtement était le gambison (...) On portait au XV^e siècle sous l'armure complète de plates, un vêtement de peau ou de toile en double, ou même en soie, avec garniture aux épaules, sur la poitrine et les hanches du XIII^e siècle (...) Sous ce vêtement, l'homme d'armes n'avait que sa chemise. (...) Le justaucorps de buffle qui fut porté par les fantassins à la fin du XVI^e siècle est une dernière tradition du gambison.», (Viollet-le-Duc 1874: 438; 449; *ibid.* [respectivement en 336; 344 et 345 de la réimpression]).

par les pluies, n'affecte celui qui le porte d'un poids supplémentaire, il faudra naturellement le recouvrir du côté extérieur de peaux de Libye bien travaillées et coupées à la taille du *thorac-machus* lui-même. Donc équipé du tel que nous l'avons décrit – son nom vient d'une appellation grecque composée à partir de 'protection du corps' – etc»¹⁸.

Dans la sous-partie «TECNOLOGÍA Y CLASIFICACIÓN DE LOS PTÉRYGES METÁLICOS» (pp. 242-247), l'auteur, et à notre avis ici justement, classe en deux groupes les appliques relevant de πτέρυγες. Celles courtes qui «coresponden a los apliques que se situarían en la fila superior» (p. 242) et celles plus large qui, *a contrario*, devaient correspondre à la rangée inférieure. GiF mettra ensuite en exergue que ces appliques n'étaient pas martelées comme on avait pu le croire, mais moulées (moule découvert à Panticapée, cf. pp. 243-244, fig. 106). Après un bref exposé des «PTÉRYGES A PARTIR DE LA ICONOGRAFÍA» (pp. 247-250) et le «CATÁLOGO DE PTÉRYGES» (pp. 250-264)», la sous-partie «CRONOLOGÍA E DE LOS PTÉRYGES METÁLICOS» (pp. 264-266) révèle notamment que, en ce qui concerne l'ornement, «las dos series principales están directamente relacionadas con el ciclo de Hércules» (p. 265). Quant à la chronologie de ces appliques, dont le contexte archéologique est en général inconnu, elle dépend d'analyses iconographiques fines rendues souvent difficiles, à notre avis, par le caractère généralement frustré des ornements. En faisant fond sur divers prédécesseurs, GiF réunit là ses conclusions.

IV. GORGONEIA, APLIQUES DE ORO, DE PLATA Y DUBITANDA

Avec sa quatrième partie, l'auteur se penche en détail sur l'autre type d'applique récurrente des cuirasses grecques, soit le *gorgoneion* placé au milieu de la poitrine, «el elemento decorativo de las corazas con una función simbólica más clara, la apotropaica» (p. 268). Et également sur des pièces mineures dont la mise en relation avec l'armement défensif est parfois douteux. À ce titre, au sein de l'examen d'un riche matériel, nous avons remarqué ses propositions différentes quant à la répartition des appliques dorées de la cuirasse de Golyama Mogila, longuement

étudiée (pp. 270-273). Les pages suivantes étudieront diverses pièces d'origines variées, tant macédoniennes, scythes, italiques ou italiotes.

Si la cuirasse de Golyama Mogila relève de la pleine période classique, si donc son examen peut paraître quelque peu hors sujet, le chapitre suivant, intitulé, «LAS CORAZAS CON GORGONEIA REPUJADOS» (pp. 278-287), illustre une nouvelle fois la tendance de l'auteur à sortir de la voie qu'il avait choisi: «En un trabajo como el presente resultat inevitable saltarse la (autoimpuesta) norma de centrarme en los apliques decorativos de las corazas par incluir en la discusión las escasas corazas decoradas con relieve que nos han llegado (sic)» (p. 278). Quant à la méthode, cette autre digression prête d'autant plus le flanc à la critique que certaines pièces étudiées touchent à peine, au mieux, et sauf dans un cas (la cuirasse de Ksour-en-Saaf, cf. ci-dessous à son sujet) à l'époque hellénistique (cuirasses italiques de la seconde partie du IV^e siècle av. J.-C.). *Mutatis mutandis*, comment considérerait-on une étude se donnant pour objet les appliques des cuirasses de la cavalerie napoléonienne mais qui inclurait des développements sur celles de l'armement défensif de la Renaissance... Mais si la dispersion est la marque de cet ouvrage, l'auteur, pour autant, discute souvent avec pertinence les pièces ici répertoriées. Nous mettrons ainsi en exergue les quatre bonnes pages relatives à la cuirasse de type italique de Ksour-en-Saaf (pp. 284-287) où GiF affine les conclusions de l'inventeur pour placer l'arme dans le troisième quart du IV^e siècle av. J.-C. Il en fait ainsi une cuirasse certes d'origine étrangère et adoptée par un combattant local – plutôt que de prise.

Dans le chapitre «LOS APLIQUES DE ORO Y PLATA» (pp. 278-287), l'auteur passe en revue un très large matériel tant grec que thrace ou macédonien, discutant les possibilités que certaines décorations de métal puissent ou non avoir été des éléments décorant des cuirasses. Globalement, il incline pour une influence orientale (et spécialement d'origine perse) de cette mode qui se diffusa largement, et se perpétua jusqu'à l'époque hellénistique (p. 295), rapportant à ce titre un passage d'Aulu-Gelle relatif à la splendeur de l'armée séleucide réunie par Antiochos III pour affronter les Romains (p. 296). Le chapitre suivant, «ENTRE LEYENDA Y REALIDAD: HALLAZGOS EN LA ITALIA MERIDIONAL» (pp. 287-314), se penche sur le cas de pièces issues d'une région dont l'auteur, avec l'Ibérie, s'est fait une spécialité: la Grande-Grèce. Plus particulièrement, l'examen concerne deux cuirasses

¹⁸ *De rebus bellicis*, XV, §§ 1-4 (Ph. Fleury 2017: 19-20).

exhumées au début du XIX^e siècle, rapidement passées alors dans le commerce des antiquités et qui, pour la première, aurait été d'argent (elle serait provenue de Ruvo), la seconde d'or (provenant dudit 'trésor d'Agathocles' trouvé en 1865 à Terravecchia). Au terme de ses deux enquêtes, et notamment par comparaison avec un casque conservé au Musée de l'Ermitage que l'on avait pu décrire comme étant d'argent, ou encore avec les splendides armes épirotes de Prodromi, GiF conclut que, le plus vraisemblablement, «la coraza de Ruvo pudiera presentar un acabado plateado, bien por una un patinado o bien en chapado en plata como el casco de Prodromi» (p. 314) – et quant à la cuirasse qui aurait été d'or, l'analyse, plus haut (pp. 309-310), pousse à penser à une erreur des descriptions initiales du matériel.

V. COLOR Y CONTRASTE CROMÁTICO

Cette cinquième partie s'intéresse aux couleurs des cuirasses. Remarquant que celles-ci n'ont laissé aucune trace sur les armes réelles retrouvées lors des travaux archéologiques, l'auteur s'en remet naturellement aux ressources de l'iconographie, et en premier lieu aux leçons de la peinture antique.

Cinq couleurs sont examinées: le blanc, le pourpre, le marron, le jaune et le bleu. Après d'autres, GiF met spécialement l'accent sur ce que représentait ces deux dernières teintes: le jaune était utilisé pour représenter le bronze, le bleu le fer.

VI. CONCLUSIONES

Dans ses conclusions, l'auteur commence par mettre en exergue la prédominance italienne et épiro-macédonienne des cuirasses anatomiques de bronze. Puisque «se observa como el modelo habitual que usaría el ejército macedonio sería el *linothorax* [...] la coraza anatómica con *ptéryges* y *epómides* debe considerarse de tradición distinta, surgida sin duda de la interacción epirota en la Italia meridional» (pp. 344-345). Après avoir indiqué que les *linothorakes* «a partir del s. IV a. C. se convierte en el equipo *standard* de la caballería macedonia [...] no serían las únicas corazas en uso» (p. 346), GiF en vient à la distinction «entre las corazas de parada y las de campo» – en faisant ici fond sur un travail doc-

toral (Cadario, 2004)¹⁹. L'auteur pense voir une illustration de cette dichotomie dans l'iconographie des funérailles de Patrocle représentée sur le fameux vase à figures rouges du peintre de Darius conservé à Naples (p. 347 ; le vase est reproduit par GiF pl. 10). La cuirasse musclée serait symbolique, relèverait des armes de parade, la cuirasse de lin serait celle utilisée en campagne. Page suivante (p. 348), l'auteur rassemble une de ses conclusions majeures: «la circulación de las corazas [...] debe enmarcarse con la presencia militar epiro-macedonia [...], en las que la tradición de desarrollar los epómides y decorar las corazas con apliques metálicos fue una costumbre recurrente» et «las corazas anatómicas en bronce son exclusivas de la Italia meridional». Les cuirasses de Prodromi seraient-elles donc, comme le suggère l'auteur, des exceptions? Or GiF lui-même avait bien mis en exergue «que las corazas anatómicas son ampliamente representadas en el entorno ático). La contradicción semble notoire et le lecteur aura donc du mal à suivre l'auteur dans ses généralisations. Mis à part le cas de Prodromi, l'absence de cuirasses de bronze provenant de Grèce, et le contraste avec la Grande-Grèce, ne relevait-elle pas de contextes historico-sociologiques différents, expliquant pourquoi les cuirasses de bronze peuvent ici faire partie du matériel archéologique (en Italie du Sud), mais là non (en Grèce)?

En effet, outre les témoignages de la sculpture attique, et pour se confiner à cette époque charnière pour le sujet que l'auteur s'est donné, soit «el último cuarto del s. IV a. C. y el primero del s. III a. C.» (dos de couverture), il existe d'autres témoignages montrant l'emploi de cuirasses de anatomiques par des personnages qui n'étaient manifestement ni des nobles, ni des officiers supérieurs de plus haut rang (les stratèges), catégories où l'auteur, à la suite d'autres (p. 350), pensaient voir réduit l'emploi de ces armes défensives dans l'aire épiro-macédonienne, ni même ne relevant des troupes d'élite, autre catégorie que GiF, plus haut (p. 349), doit par principe de ces armes de bronze²⁰. On

¹⁹ Ce livre publiait le doctorat mené par cet auteur à l'Università di Perugia sous le titre *La «corazza di Alessandro». L'immagine del loricato di tipo ellenistico da Alessandro Magno agli Antonini*.

²⁰ Ceci sans justification. Or un témoignage au moins existe au sein de la littérature antique, relativement aux armements de Denys l'Ancien: «On apprêta aussi des cuirasses de modèles variés et travaillées avec un art remarquable, au nombre de plus de quatorze mille. Denys avait l'intention de les distribuer aux cavaliers, à ceux qui

relèvera ainsi en Béotie des témoignages fort réalistes représentant des personnages armés de cuirasses anatomiques pour lesquels il est difficile de voir des individus de très haut rang. Signalons avant tout des terres cuites, du type des Tanagra²¹, ou encore des stèles funéraires (Schild-Xenidou, 2008: 348-349, Kat. 117, Taf. 45)²². Mais au-delà de ces rares témoignages en dehors des régions où GiF pensait devoir restreindre l'emploi des cuirasses 'musclées', nous avons montré, dans nos propres travaux, que les officiers subalternes des phalanges tant grecques que macédoniennes, et les hommes du premier rang au moins, devaient avoir été lourdement cuirassés²³. Nous pensons que la stèle du Macédonien Nikolaos fils d'Hadymos (vers 300 av. J.-C.), que nous avons publiées avec M. B. Hatzopoulos, en fournit un bel exemple, montrant un phalangite équipé d'un corselet anatomique qui dès lors, selon nous, devait avoir été quelque gradé (Hatzopoulos, Juhel: 2009 : 425-428). En somme, les cuirasses anatomiques de bronze, pouvaient certes avoir été des armes de prestige et de luxe (les «Ὀπλα καλὰ» de GiF), mais aussi des armes employées à la guerre, et pour des raisons bien pratiques: la défense des soldats les plus exposés, ceux des premières lignes (Juhel 2017b : 65)²⁴. Après tout, les 'hommes de bronze' de l'époque archaïque s'étaient sans doute cuirassés de la tête aux pieds pour affronter le choc terrible des phalanges²⁵,

avaient des postes de commandement dans l'infanterie et aussi à ceux des mercenaires qui devaient lui servir de gardes du corps», DIODORE, XIV, 43, §§ 2-3.

²¹ «Young man standing, excavated Tanagra, about 1877. 330-300 BC. Athens, National Museum.» (Higgins s.d. [1986]: 149, fig. 181). Ces personnages sont à comparer avec la statuette présentée dans le catalogue d'une vente aux enchères qui s'était tenue en Suisse, figurant quelque «Feldherr, Diadoche und Halbgott () Griechisch, 3 Jh.v.C.» (Cahn 2002: 34, n° 35). Ce personnage-ci entrerait bien, quant à lui, dans les catégories de GiF.

²² «der Reiter (...) trägt einen Helm, einen Brustpanzer (...) Letztes Viertel des 4. Jhs. v.Chr.» (Schild-Xenidou, 2008: 349).

²³ Pour des références aux auteurs s'étant penchés sur cette question, cf. notre recueil récent (Juhel 2017b: 61-66, n. 27 ; et *ibid.* 167, n. 263).

²⁴ C'est plutôt en ce sens que nous interpréteront la base du monument public de Dion montrant, en alternance, des boucliers et des cuirasses, celles-ci alternant entre le type du corselet (*linothorax*) et celui de la cuirasse musclée (Christodopoulou, 1999: 308-312).

²⁵ Sur ce sujet, signalons les travaux du spécialiste actuel de la guerre dans la Grèce archaïque (Van Wees, 2004: 50) et un article en particulier (Van Wees, 2000).

évoqué de façon si vivante par V. D. Hanson (Hanson, 1989) et dont l'archéologie témoigne de la réalité bien concrète avec ces accessoires destinés à couvrir les cuisses comme les bras voire les avant-bras²⁶. Cette réalité pratique et toute militaire nous semble avoir été manquée par GiF. Elle aurait pu venir enrichir ses conclusions.

À partir de la p. 350, l'auteur reprend des études de détail visant à conforter sa position, soit la présence d'éléments épiro-macédoniens dans l'armement exhumé en Grande-Grèce. Ces nouveaux développements, qui rouvrent de longues discussions de détail, devaient-ils entrer dans les «CONCLUSIONES»? Quoi qu'il en soit, comme plus haut dans son ouvrage, GiF fait fond sur des découvertes anciennes exhumées ici à Sant'Arcangelo (Potenza), là à Armento, ou encore à Matera, dont le matériel n'est connu qu'indirectement, hors conditions de fouilles et parfois même de façon fort sommaire. Mais GiF cherchera néanmoins à y trouver des éléments venant renforcer sa thèse. Ainsi, pour la tombe de Matera signalée au début du XIX^e siècle, au terme d'une analyse certes séduisante, il pense que les traces d'écailles de métal d'assez grandes dimensions à ce qu'il paraît, et qui auraient été là exhumées, seraient des éléments d'une cuirasse allogène. L'auteur établit à l'occasion d'intéressants et détaillés parallèles avec du matériel thrace et scythe (pp. 361-367), tout en éliminant judicieusement des attributions auxquelles l'on pourrait penser au premier abord mais qui ne sont pas recevables (attribution, par exemple, à un *περιτραχήλιον* – p. 361). Aussi ces artefacts, notamment ceux de Matira, viendraient-ils illustrer cette présence ou du moins cette influence épiro-macédonienne en Italie du sud.

Les trois dernières pages forment proprement les conclusions de l'auteur. Celles auxquelles il parvient relativement à l'armement paraissent s'insérer dans un cadre plus large, notamment dans celui des échanges des objets relevant du domaine de la toreutique. Mais peut-

²⁶ Snodgrass avait mis en exergue, outre le cuirassement 'ordinaire' (casque, cuirasse et cnémides, plus bouclier) des défenses de corps supplémentaires, protège-bras, protège-avant-bras, protège-chevilles (Snodgrass, 1964: 240, nn. 54 et 55). Ultérieurement, Jarva en avait fourni une étude plus détaillée (Jarva, 1995: 72-79 [«Arm guards»] ; 79-84 [«Thigh guards»] ; 100-109 [«Ankle guards, foot guards, footwear»]). L'amphore d'Exékias, datée d'environ 525 av. J.-C., en offre une belle illustration (Ducrey, 1985: 59, fig. 39 et sa légende).

être, au-delà du cas de Pyrrhus, l'auteur aurait-il ici pu synthétiser les rapports historiquement établis entre la Grande-Grèce et le monde épиро-macédonien, dans les années charnières qui avaient formé le cadre de son étude?

La maison d'édition «L'Erma» di Breitschneider est réputée pour les tarifs prohibitifs de ses ouvrages. Dans ces conditions, on s'attendrait à un travail éditorial parfait – ou du moins touchant à cet idéal de perfection. Or c'est loin d'être le cas. Outre quelques coquilles nous avons remarqué des erreurs majeures du point de vue de la mise en page, notamment dans la pagination de la table des matières. Ainsi, par exemple, le «CATÁLOGO DE LOS EPÓMIDES METÁLICOS» ne débute pas p. 182 mais p. 179. Il y a aussi des approximations dans l'imposante bibliographie, en l'espèce dans la présentation des titres des études en grec moderne ou en bulgare. Car parfois ces titres en grec sont translittérés, parfois non²⁷. Sans raison, les titres des revues bulgares ou des études en cette langue, et de même que celles en russe²⁸, ou encore grec moderne²⁹, ne sont pas en italiques. En outre, n'est-ce pas par quelque affectation que les titres de ces études-ci sont donnés dans leur forme originale? Si nous avons apprécié la prise en compte des travaux des savants bulgares, n'aurait-il pas mieux valu, à une époque où les quatre langues de la tradition des humanités ne sont pas toujours connues et pratiquées par les savants eux-mêmes, donner les titres de ces études selon la forme des résumés dans une de ces langues des humanités qui y sont généralement joints? C'est la méthode que nous suivons dans nos travaux et qui nous semble devoir être recommandée³⁰. Quoi qu'il en soit de ces questions de présentation bibliographique, nous regretterons surtout, pour un ouvrage dont la qualité première est d'être une mine d'informations dans les champs

les plus variés, l'absence d'index. À cette condition, les études foisonnantes de GiF, très richement documentées, auraient été énormément profitables à tout savant touchant aux questions très variées abordées par l'auteur, et sans qu'il soit obligé d'explorer les arcanes de l'ouvrage.

Mais *a contrario*, quant à la maquette, nous avons aimé les caractères gras qui, dans le texte, pour le renvoi aux illustrations, permettent de s'y référer aisément ; et le fait que les illustrations soient en générale reproduites là où elles sont invoquées dans le texte.

Enfin, l'auteur, dans son texte, se réfère à certaines figures au sein des planches. Par exemple, p. 348 pour la planche X. Mais, ici, on a omis d'indiquer la sous-numérotation des figures – et cela semble être aussi le cas pour les planches VI, VII et XI.

Nous venons de mettre en exergue les défauts de forme dont GiF ne peut absolument être tenu responsable. Mais quant au fond, si l'on met de côté la question d'une monographie qui, à bien des égards, peut donner l'impression d'être un assemblage hétéroclite de développements souvent oiseux³¹, nous avons relevé des aspects méthodologiques à notre avis entièrement discutables. Ainsi, comme nous l'avons indiqué, la tendance de l'auteur à présenter ses conclusions d'entrée. N'y a-t-il pas là quelque maladresse, donnant au lecteur l'impression de positions prises *a priori* et que les arguments de l'auteur visent à justifier? Très caractéristique aussi est la tendance de GiF à déduire de cas particuliers des généralités, tant en ce qui concerne les leçons des témoignages iconographiques que littéraires, et ceci sans réserve³². Par exemple en s'appuyant sur la description du *linothorax* d'Alexandre donnée par Plutarque (p. 344, cité n. 12), pour considérer que ce type était le type en usage dans l'armée macédonienne de l'Argéade³³. Et de même quant aux leçons de l'archéologie, avec ces invocations répétées de diverses tombes très anciennement découvertes, qui ne sont connues que par des descriptions littéraires

²⁷ Cf. par exemple, p. 390, la référence à une étude de Θ.Γ. Καπαγιώργα suivie de celle de N.Th. Katsikoudis ; ou *ibid.*, pour les études de G. Kitov, ici présentées en bulgare, alors que celle de Petrov, p. 397, est translittérée.

²⁸ Cf. par exemple p. 381 pour l'étude de Dedyulkin.

²⁹ Par exemple p. 380 pour un article du couple Chrysostomou.

³⁰ Ainsi, plutôt que «Г. Китов, «Долината на тракийските владетели (II)», in Археология 2003.2, pp. 28-42 » (p. 390), il eût mieux valu, par exemple, présenter cette référence sous la forme suivante : G. Kitov [Г. Китов], «The Valley of the Thracian Rulers (II) [en bulgare ; résumé en anglais] », in Археология XLIV, 2003.2, pp. 28-42.

³¹ Notamment dans ces longues enquêtes autour du matériel de tombes découvertes au XIX^e siècle, connu parfois uniquement par de simples descriptions littéraires.

³² «*difficile est ab exemplis rectè argumentari* » (Leibniz, 1711).

³³ Alors qu'il aurait fallu évoquer ici ces extraits de la littérature antique sur lequel nous avons fait fond dans un de nos articles publiés dans *Klio*, d'ailleurs inconnu de GiF (Juhel, 2009).

sommaires si ce n'est douteuses, mais que l'auteur porte au crédit de ses thèses.

Considérant l'expérience de l'auteur et le fait que son livre fut primé, nous avouons que cet ouvrage nous a déçu. Si l'éditeur pouvait ou voulait en faire une seconde édition, une amélioration notable, et sans devoir imposer des remaniements qui à notre avis devraient être importants, consisterait en l'insertion d'un index: un tel outil permettrait de tirer profit de la première qualité de cette monographie, à savoir l'invocation d'un très abondant matériel archéologique.

BIBLIOGRAFIA

- Aldrete, G. S., Bartell, S., Aldrete, A. (2013): *Reconstructing Ancient Linen Body Armor – Unraveling the Linothorax Mystery*. Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.
- Aleksinskiy, D. P. [Алексинский, Д. П.] (2008): «Античный железный шлем из погребения воина у Карантиного шоссе близ Керчи [Un casque de fer provenant de l'inhumation d'un guerrier sur la chaussée de Karantinogo près de Kertch]», *The World of Classical Antiquity Art and Archaeology. In Memoriam Sophia Boriskovskaya (1937–2001)/Античный мир искусство и археология. Посвящается памяти Софьи Павловны Борисковской (1937–2001) (Transactions of the State Hermitage/Труды Государственного Эрмитажа, XLI)*. Saint-Petersbourg, The State Hermitage Publishers/Издательство Государственного Эрмитажа: 31-70.
- Andronicos, M. (1979): «The Finds from the Royal Tombs at Vergina». *Proceedings of the British Academy*, 65: 355-367.
- Andronicos, M. (1984): *The Royal Tombs and the Ancient City*. Athènes, Ekdotike Athnon S.A.
- Asderaki-Tzoumerkioti, E. & Karydas, A. (2011): «XRF Analyses of Four Silver Gilded Hellenistic Epaulettes», I. Turbanti-Memmi (éd.), *Proceedings of the 37th International Symposium on Archaeometry, 13th - 16th May 2008, Siena*. Berlin et Heidelberg, Springer Berlin Heidelberg (Springer e-books): 569-574.
- Biesantz, H. (1965): *Die thessalischen Grabreliefs. Studien zur Nord-griechischen Kunst*. Mayence, Ph. von Zabern.
- Cadario, M. (2004): *La corazza di Alessandro: loricati di tipo ellenistico dal IV secolo a. C. al II d.C. (Il filarete: collana di studi e testi)*, 218). Milan, LED-Ed. universitaria di lettere, economia, diritto, cop.
- Cahn, J.-D. (2002) j: *Götter, Menschen, Wesen. Katalog 14. Dezember 2002*. Bâle, Jean-David Cahn AG.
- Chatziagellakis [Χατζηαγελλάκης], L. P. (2000): «Δραστηριότητες στο ΒΔ τμήμα του Ν. Καρδίτσας [Travaux dans la partie nord-ouest de Karditsa]». *Το Έργο των Εφορειών Αρχαιοτήτων και Νεωτέρων Μνημείων του ΥΠ.Π.Ο. στη Θεσσαλία και στην ευρύτερη περιοχή της (1990-1998) : πρακτικά / 1ης Επιστημονικής συνάντησης, Βόλος, Μαΐος 1998 ; Υπουργείο Πολιτισμού, ΙΓ' Εφορεία Προϊστορικών και Κλασσικών Αρχαιοτήτων (Επιστημονική συνάντηση, 1)*. Volos, Εφορεία Προϊστορικών και Κλασσικών Αρχαιοτήτων 13η (Βόλος): 381-394.
- Choremis, A. (1980): «Metallic armour from a tomb at Prodomoi in Thesprotia [en grec ; résumé en anglais]». *Αρχαιολογικά Ανάλεκτα ἐξ Ἀθηνῶν. Athens Annals of Archaeology*, XIII: 3-20.
- Christodopoulou, P. (1999): «Δημόσια οικοδομήματα των πρώιμων ελληνιστικών χρόνων στη Μακεδονία [Bâtiments publics du début de la période hellénistique en Macédoine]». *Ancient Macedonia VI, Papers Read at the Sixth International Symposium Held in Thessaloniki, October 15-19, 1996. Julia Vokotopoulou in memoriam. Αρχαία Μακεδονία. VI, Ανακοινώσεις κατά το έκτο διεθνές συμπόσιο. Θεσσαλονίκη, 15-19 οκτωβρίου, 1996. Στη μνήμη της Ιουλίας Βοκοτοπούλου (Ίδρυμα Μελετών Χερσονήσου του Αίμου/Institute for Balkan Studies, 272)*. Thessalonique, Ίδρυμα Μελετών Χερσονήσου του Αίμου/Institute for Balkan Studies: 307-332.
- Dindorf, L. (1855): *Xenophontis expeditio Cyri*. Oxford², Oxford University Press.
- Ducrey, P. (1985): *Guerre et guerriers dans la Grèce antique*. Fribourg, Office du livre S. A.
- Faklaris, P. V. (1994): *Βεργίνα. Τα όπλα των μακεδονικών τάφων της Μ. Τούμπας [Vergina. Les armes des sépultures macédoniennes de la Grande Tombe]*. Thessalonique [monographie inédite].
- Graells i Fabregat, R. (2014): «Book Review of *Reconstructing Ancient Linen Body Armor: Unraveling the Linothorax Mystery*, by Gregory S. Aldrete, Scott Bartell, and Alicia Aldrete». *American Journal of Archae-*

- ology, 118 (3) [publié seulement on-line, cf. www.ajonline.org/book-review/1833].
- Hanson, V. D. (1989): *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*, with an Introduction by J. Keegan. New York: Alfred A. Knopf, Inc. Édition en français en 1990 sous le titre *Le modèle occidental de la guerre : la bataille d'infanterie dans la Grèce classique*, préface de J. Keegan, trad. par A. Billault. Paris : Société d'édition Les Belles Lettres.
- Hatzopoulos, M. B. y Juhel, P. [O.] (2009): «Four Hellenistic Funerary Stelae from Gephyra (Macedonia)». *American Journal of Archaeology*, 113 (3): 423-438.
- Higgins, R. (s. d. [1986]): *Tanagra and the figurines*. Londres, Trefoil Books.
- Jarva, E. (1995): *Archaologia on Archaic Greek Body Armour (Studia archeologia septentrionalia*, 3). Rovaniemi, Pohjois-Suomen historiallinen yhdistys/*Societas historica Finlandiae septentrionalis*.
- Juhel, P. [O.] (2009): «The Regulation Helmet of the Phalanx and the Introduction of the Concept of Uniform in the Macedonian Army at the End of the Reign of Alexander the Great». *Klio*, 91 (2) : 342-355.
- Juhel, P. O. (2017a): *Armes, armement et contexte funéraire dans la Macédoine hellénistique. Avec un appendice sur les trouvailles d'armes relatives à l'Archaisme et aux débuts de l'époque classique en Macédoine & sur ses confins (Monograph Series 'Akanthina', no. 11)*. Gdańsk, Gdańsk University Press.
- Juhel, P. O. (2017b): *Autour de l'infanterie d'élite macédonienne à l'époque du royaume antigonide. Cinq études militaires entre histoire, philologie et archéologie*. Oxford, Archaeopress Publishing Ltd.
- Leibniz [G. F.] (1711): *Epistola XLI* [Lettre à Magliabechi du 4 janvier 1711]. L. Dutens (éd. 1768), *Leibnitii Opera omnia* 5. *Opera philologica*. Genève, *Fratres de Tournes*: 140.
- Nikolaou [Νικολάου], E. (2000): «Ανασκαφή του βορείου νεκροταφείου της αρχαίας Δημητριάδας [Fouilles dans le cimetière nord de l'antique Démétrias]». *To Ergo των Εφορειών Αρχαιοτήτων και Νεωτέρων Μνημείων του ΥΠ.ΠΟ. στη Θεσσαλία και στην ευρύτερη περιοχή της (1990-1998) : πρακτικά / 1ης Επιστημονικής συνάντησης, Βόλος, Μαΐος 1998 ; Υπουργείο Πολιτισμού, ΙΓ' Εφορεία Προϊστορικών και Κλασσικών Αρχαιοτήτων (Επιστημονική συνάντηση, 1)*. Volos, Εφορεία Προϊστορικών και Κλασσικών Αρχαιοτήτων 13η (Βόλος) : 309–314.
- Rakatsanis, D. (1980): «Das Grab von Prodromi». *Antike Welt*, XI, 4: 55-57.
- Schild-Xenidou, V. (2008): *Corpus der boiotischen Grab- und Weihreliefs des 6. bis 4. Jahrhunderts v. Chr. (Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Athenische Abteilung, Beiheft 20)*. Mainz am Rhein, Ph. von Zabern.
- Schröder, B. (1912): «Thrakische Helme». *Jahrbuch des kaiserlich deutschen Archäologischen Instituts*, XXVII: 317-344.
- Snodgrass, A. McE. (1964): *Early greek Armour and Weapons, from the end of the bronze age to 600 B.C.* Édimbourg, Edinburgh University Press.
- Van Wees, H. (2000): «The development of the hoplite phalanx: iconography and reality in the seventh century», H. van Wees (éd.), *War and Violence in Ancient Greece*. Swansea et Londres, Gerald Duckworth & Co. Ltd. et the Classical Press of Wales: 125-166.
- Van Wees, H. (2004): *Greek warfare. Myths and Realities*. Londres, Gerald Duckworth & Co. Ltd.
- Viollet-le-Duc, E. (1874): *Dictionnaire raisonné du Mobilier français de l'époque carlovingienne à la Renaissance* V. Huitième partie. *Armes de guerre offensives et défensives*. Paris, V^e A. Morel & C^{ie}, éditeurs: s.v. Gambison: 437-449.
- NB: nous signalerons une réimpression peut-être plus commode d'accès publiée en 2014 sous le titre *Dictionnaire des armes offensives et défensives. De l'époque Carlovingienne à la Renaissance*. Éditions Decooperman, Saint-Laurent-le-Minier.
- NB: Nous remercions E. Asderaki et E. Nikolaou de nous avoir transmis les copies de leur article respectif, les actes du congrès où ils furent publiés étant introuvables en France.

Pierre O. JUHEL
 pierrejuhel@yahoo.com

HERAS MORA, F. J. *La implantación militar romana en el suroeste hispano (siglos II-I a.n.e.)*. Madrid, Ediciones Polifemo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018 [Anejos de *Gladius*, 28]. 840 pp. ISBN: 978-84-00-10415-3

Ha pasado ya una década desde que Carlos Fabião pusiese en guardia a la investigación arqueológica ante la necesidad de detectar al «ejército romano oculto» en el interior de los yacimientos indígenas, señalando además que «cualquier hallazgo de material arqueológico del periodo republicano [...] puede indicar una relación con los movimientos del ejército romano» (2007: 128-131, 133). No se trata de una admonición baladí: al contrario, implica la posibilidad de replantear las dinámicas expansivas de Roma y nuestras posibilidades de documentar sus horizontes, rutas, estrategias y objetivos; abriendo al mismo tiempo una ventana al interior de las sociedades locales afectadas y a las transformaciones operadas en sus respectivas identidades. La arqueología militar romana, una vez corregida la relación de dependencia que anteriormente había padecido respecto de los textos clásicos, ha proporcionado a esta línea de investigación un fértil terreno donde desarrollarse (*vid.* sendos balances recientes a cargo de las más autorizadas voces nacionales en Morillo, 2014 y Quesada, 2017)¹. Convertida en ciencia de la actividad militar en sentido amplio, la disciplina ha reformulado sus intereses, colocando el foco en la explicación global y multifactorial de las elusivas huellas de inestabilidad bélica.

Uno de los horizontes arqueológicos más atractivos para una investigación reformulada en estos términos es, sin duda, esa fase de transformación que a ritmos desiguales conocen las diferentes áreas de la península ibérica durante la tardorrepublica, tiempo y fenómeno en que los ejércitos de Roma alcanzan una notable relevancia. Particularmente fecunda ha sido la atención al fenómeno de la «implantación romana» en el noreste de la península ibérica (Padrós Gómez, 2016; Principal Ponce *et alii*, 2017). En el término escogido para describir el proceso, esa «implantación» que campea igualmente en el título de la obra que nos ha de ocupar de inmediato, se condensa la transversal certeza de que Roma, a través de sus ejércitos, construyó

a su paso espacios e infraestructuras a la medida de sus objetivos, ostentando un protagonismo total en la reformulación de los modelos de poblamiento peninsulares². Consideraciones parcialmente análogas han reavivado el interés por los procesos de finales del siglo II y principios del I en la antigua Contestania, aunque, en su caso, se advierte una significativa preferencia por entender el proceso en términos de «integración» o «romanización» (Sala Sellés y Moratalla Jávega, 2014; Bayo Fuentes, 2018). Parte de la atención se desplaza, en este sentido, hacia el papel de las comunidades indígenas en el proceso. A menudo, la diferencia no es tanto de fondo como de secuencia epistemológica: donde se parte del resultado –a saber, la aparición de una auténtica Hispania romana en los albores de nuestra Era–, se prefieren narrativas sintéticas capaces de dar explicación a un fenómeno global, cuya protagonista necesariamente ha de ser Roma; mientras que allá donde la atención se relaciona con los orígenes del proceso, con sus «raíces» locales, se deriva hacia modelos que, en términos de romanización, italianización, hibridismo o criollización, satisfacen la necesidad de no romper el hilo de relatos de más larga duración. La variabilidad de los enfoques es de celebrar, máxime cuando se constata que fructíferos resultados son accesibles desde ambas perspectivas. En este sentido, sería deseable que hiciéramos lo posible por evitar polarizaciones excluyentes que aislasen entre sí a ambas tendencias interpretativas en el futuro, una amenaza siempre latente en situaciones como la presente, donde los mismos conjuntos de datos conducen, en función únicamente de la subjetividad del investigador de turno, a juicios dife-

¹ Aprovechamos para agradecer al profesor D. Eduardo Sánchez Moreno sus comentarios sobre versiones embrionarias de este trabajo, así como sus oportunas referencias bibliográficas. Ambas aportaciones han mejorado enormemente el resultado; cualquier error, por supuesto, nos pertenece por completo.

² Convendrá señalar que el nuevo volumen que aquí reseñamos tiene su origen en una tesis doctoral defendida en 2015 en la Universitat Autònoma de Barcelona y dirigida por T. Naco y J. Principal, dos de los principales baluartes de este modelo interpretativo. Olesti Vila (2017, 446) ha señalado, incluso compartiendo buena parte de los análisis de esta escuela, que «en [su] interpretación [...] juega un papel muy limitado la propia respuesta del mundo indígena [...] Da la impresión que frente a los cambios introducidos por Roma, el mundo indígena reaccionó de manera pasiva, limitándose a responder a las nuevas demandas, exacciones y constricciones de manera mimética».

rentes. En todo caso, parece más que probado el potencial de las revisiones arqueológicas regionales de esta índole, emprendidas desde el generalizado consenso en torno al papel del ejército romano en un proceso que, como vemos, responde por igual a varios nombres.

Dentro de este efervescente contexto, la obra de Francisco Javier Heras Mora resulta por completo oportuna e incluso excepcional. Su oportunidad es evidente, en primer lugar, en tanto que cubre un vacío historiográfico al implicar en el renovado panorama científico que antes comentábamos a la región extremeña, huérfana hasta ahora de monografías que tratasen específicamente la implantación romanorrepública entre los cursos del Tajo y el Guadiana. Por su parte, pronto se hará patente para todo aquel que lo consulte la excepcionalidad de un trabajo llamado a convertirse en obra de referencia por su profundidad y rigor, por el profundo conocimiento de primera mano del terreno que exhibe el autor y su apabullante dominio de la bibliografía pertinente³. En línea con esa renovación de intereses de la arqueología militar a la que antes aludíamos y en que se enmarca el trabajo, el autor se aplica sistemáticamente a la tarea de comprender la implantación militar romana dentro de los límites de su área de estudio sin caer en el habitual reduccionismo de buscar a las legiones únicamente dentro de los muros de sus *castra* —lo cual no significa, sin embargo, que estos queden desatendidos⁴. Junto a ellos,

³ Las aportaciones lusas se incluyen armónica y exhaustivamente en la prolija bibliografía (pp. 717-801), algo que merece alabanza como garantía de una aproximación holística al tema de la implantación romana en una región que jamás debería verse compartimentada en función de los límites marcados por las actuales fronteras políticas (una idea esbozada de forma continua a propósito de diversos temas por el propio Heras; *vid.* pp. 20, 28 y, desde otro punto de vista pero con la misma idea de fondo, p. 41).

⁴ Más bien al contrario, los yacimientos de Cáceres el Viejo (pp. 129-144) y El Santo de Valdetorres (pp. 184-195) reciben atención pormenorizada, orientada a establecer su lugar dentro de la secuencia cronológica de la conquista, revisando al tiempo su respectivo desarrollo e importancia estratégica. Particularmente valiosa es la interpretación que se da al segundo de estos sitios, único de los campamentos conocidos en la región cuya excavación parcial, de la que el propio Heras es responsable, ha seguido criterios sistemáticos y ha deparado una secuencia estratigráfica completa. A partir de la misma se puede aventurar la existencia de cuatro momentos de ocupación, el último de los cuales parece llevarnos

encuentran su lugar en una propuesta integradora los recintos de entidad subcampamental, los hábitats de origen indígena con indicios de intromisión romana y las propias explotaciones mineras potencialmente aprovechadas durante la fase de contacto. Todos ellos se convierten en nodos de una red territorial tejida por ese ejército romano que funciona como hilo conductor del discurso, centrado en documentar el modo en que se crearon las condiciones territoriales necesarias para garantizar a los *negotiatores* de Roma el disfrute de los «réditos de la explotación de los recursos naturales» de estas tierras (pp. 18, 54-57, 415). Un fuerte compromiso, por tanto, con el modelo de imperialismo predatorio preside la obra; y esto, si bien no solo no es criticable sino un sano desafío a la emergente ortodoxia realista, tiene consecuencias analíticas que deberían sopesarse: ante todo, se enfatiza la conflictividad y se dejan en el tintero algunas derivadas de los materiales estudiados, que podrían quizá ser estudiados como parte, y no solo como línea de llegada, del proceso de transformación de esta región y las sociedades que lo poblaron antes, durante y después de la irrupción de Roma⁵. Valga decir, por el momen-

hasta el horizonte sertoriano (p. 191). La sugerencia de que la [colonia] *Metellinensis* de Plinio (4.117=*Kaikilia Metellina* en Ptol. 2,5,6) se corresponda con la entidad jurídica nacida de la fundición de este campamento y el inmediato núcleo indígena sito bajo el Cerro del Castillo de Medellín (pp. 200-201) es sumamente atractiva; como atractiva es la idea de que esta secuencia de ocupaciones sucesivas pudiera haberse dado por igual y de forma contemporánea en el vecino Cáceres el Viejo, a pesar de la nada inocente insistencia de Schulten en proclamar la condición monofásica del sitio para después integrarlo en toda una red casi *limitanea* de asentamientos metelianos supuestamente orientados a aislar a Sertorio (*vid.* pp. 47, 72-73; 143; 500). En conjunto, las sugerentes ideas de Heras Mora sobre Valdetorres permiten hacer razonamientos analógicos para otros posibles campamentos de la zona cuyo registro material es pobremente conocido, y sin duda estimularán su análisis en los años venideros (*e. g.* Alto dos Cacos, Chões de Alpompé, Alto do Castelo).

⁵ La existencia de interrupciones en la secuencia estratigráfica de sitios como Villasviejas del Tamuja o Castrejón de Capote no implica necesariamente la desaparición de los pobladores previos, como tampoco lo hace la intrusión de materiales exóticos o técnicas constructivas foráneas. Ciertamente, cabe considerar la existencia de una discontinuidad en la secuencia «evolutiva» de estos asentamientos, asociada —como prueba con notable éxito Heras; *vid.* esp. p. 553— a la acción del ejército romano. Ahora bien: ¿anula esto la realidad de la permanencia de amplios sectores poblacionales locales,

to, que la explotación del territorio constituye la meta de un proceso de «implantación» de la realidad romana sobre un territorio y unas gentes que, en el momento en que centra su interés el volumen que nos ocupa, se nos presentan perfectamente capaces de comprender su lugar en el tablero del juego político mediterráneo para adaptar, en consecuencia, sus estrategias y actitudes (García Riaza, 2011; Prag y Quinn, 2013; Sánchez Moreno, 2018). A pesar de los evidentes perfiles bélicos que reviste el proceso de expansión de la República romana, y a pesar del obvio protagonismo que en él ostenta el ejército romano, la complejidad de un escenario multipolar donde existió una inabarcable gama de respuestas entre la resistencia y el colaboracionismo exige análisis abordados desde perspectivas complementarias; y entre ellos, los estudios de consumo y tráfico comercial en un mundo colonial deberían ocupar un lugar primordial. No solamente porque muchas de las necesidades logísticas de un ejército en campaña tienen en la aquiescencia indígena –no siempre obtenida por la fuerza, como de hecho señala el propio Heras (pp. 59-60, 573-574)– su única vía de resolución, sino porque la construcción de una red territorial capaz de garantizar el flujo de los ambicionados recursos naturales exige una estabilidad que la violencia no puede asegurar por sí sola. Roma, representada por sus legiones, en efecto depreda; pero también busca la conformidad de los líderes locales que se muestran dispuestos a la cooperación. Esta empresa tiene a menudo una dimensión material que podemos abordar desde la arqueología: el intercambio de bienes, la compraventa o el regalo trasladan el bien a un entorno cultural nuevo donde su significado puede ser recreado de forma creativa y adquirir un valor social (Thomas, 1991: 4 y *passim*). Por este cauce, el poder de Roma encuentra un acceso complementario al seno de las sociedades locales, cuya huella no debería confundirse con la del propio ejército romano sin, al menos, considerar la existencia de alternativas. Permítasenos pasar a continuación al análisis sistemático del trabajo, dejando para el

confirmada por los propios materiales discutidos por Heras? Quizá deberíamos abundar en interpretaciones mixtas para las fases finales de este tipo de asentamientos, interpretando en términos de «convivencia» la inclusión de elementos característicos del mundo itálico en los registros materiales de la época (una valoración reciente en estos términos sobre la necrópolis de El Romazal I en Hernández-Hernández y Martín Bravo, 2017: 321-324).

final algunas reflexiones más sobre el significado atribuible a los bienes foráneos presentes en contextos de interacción cultural desigual.

La obra se organiza en tres bloques, planeados con el ánimo de garantizar la exhaustividad y el orden en el discurso: a la introducción de carácter historiográfico sigue un prolífico bloque expositivo mitad catálogo y mitad estudio analítico de materiales –recursos mineros, monedas, *turres*–, cuyos datos se diseccionan en una tercera sección en que se nos presentan las conclusiones alcanzadas. Todo ello se halla acompañado por un apartado gráfico de calidad excepcional, dentro del cual se agradecen particularmente los mapas de dispersión de determinados asentamientos y materiales (figs. 93-96; 97, 98; 100, 103, 104, 119, 127), así como las tablas en que se sistematizan los conjuntos extremeños de moneda republicana (pp. 507-510) y de materiales presumiblemente relacionados con la actividad del ejército (pp. 633-639). Su inclusión facilita enormemente, junto a los listados de sitios, topónimos y figuras, la comprensión y manejo del volumen. Hubiera sido de agradecer, no obstante, que el índice toponímico incluido como anexo 2B no remitiese solamente a la alusión principal al sitio incluida en el cuerpo del texto, puesto que esta, debido a la ruptura entre el catálogo de sitios y la sección analítica, habitualmente coincide con una exposición más o menos aséptica del asentamiento, sin incluir las conclusiones o hipótesis más personales del autor. En general, la estructura es acertada, si bien la naturaleza híbrida del bloque expositivo, por momentos menos objetivo de lo que se pretende, puede resultar menos clara de lo que parece.

En el bloque inicial se glosan aportaciones y carencias de la historiografía precedente, mientras se señalan los principales términos en torno a los cuales ha girado la discusión sobre la actividad de Roma en la región extremeña. En general, se defiende que la transición de lo prerromano a lo romano se ha estudiado de manera parcial e incluso tendenciosa, relativizando –cuando no explicando de forma espuria– las *facies* de ruptura en el registro arqueológico y las discontinuidades en los «procesos evolutivos» locales. Precisamente esta circunstancia habría conducido a la minusvaloración de los indicios directos e indirectos de la implantación romana en el territorio. Resulta especialmente convincente el apartado dedicado a los indicadores de correlación entre presencia de Roma e intensificación de la explotación minera (pp. 51-54). Por otro lado, y puesto que la arqueología mili-

tar proporciona el marco teórico desde el que se pretende renovar este panorama, se pasa revista a los debates en torno a una serie de conceptos fundamentales para entender dicha disciplina en su forma actual, de los motivos del imperialismo romano (pp. 55-57) a las necesidades, estrategias y mecanismos de implantación en los territorios apetecidos (pp. 57-63). Sorprende la ausencia de una reflexión en torno al concepto de «romanización», que conduce a la valoración del fenómeno en términos estrictamente migratorios, siguiendo con los matices que aporta el tiempo la línea general marcada en su día por Gabba (pp. 62-63, 573, *vid.* Gabba 1973: 291-299 = Gabba 1954: 297-305). La alternativa de valorar el fenómeno en términos de hibridismo (Versluys, 2014a, 2014b) proporciona una fórmula válida desde la que abordar la génesis de unas sociedades «multiculturales» sin que ello implique «relativiza[r] el impacto romano sobre [los poblados indígenas]» (p. 43).

Aún dentro del bloque introductorio encontramos un repaso de las informaciones que nos ofrecen las fuentes clásicas y los modos en que han sido interpretadas a través del tiempo, con el objetivo de contrastar los resultados alcanzados por esta vía y la «geografía de la guerra» que plantea la revisión arqueológica que compone el núcleo del trabajo (capítulo 3). La ágil revisión de las fuentes secundarias consolida la sensación de que buena parte de las narrativas producidas hasta el presente sobre los grandes conflictos de los siglos II y I a. C. en la región se basan en presupuestos falsos y bases argumentativas débiles que, mil veces reiteradas, han enquistado ideas inasumibles desde una aproximación arqueológica sistemática.

Al término de este capítulo, nos adentramos en el segundo bloque, auténtico núcleo de la obra. El capítulo 4 se presenta como una colosal exposición de contextos arqueológicos relevantes para la interpretación del autor, seleccionados por presentar indicios de actividad republicana: enclaves militares cualquiera que sea su entidad, necrópolis y asentamientos urbanos donde el material mueble o inmueble denuncie la posible influencia de Roma, y aquellas explotaciones mineras que constituyeron el objetivo de las legiones en expansión. Es un acierto significativo, no obstante, plantear el capítulo 5 como un catálogo complementario de selectos yacimientos vecinos, sitios fuera del área estricta del estudio, pero no obstante relevantes para el análisis venidero por la información que proporcionan o por haberse visto convertidos en

referentes historiográficos. Este catálogo ha de convertirse en los años venideros en referencia inexcusable para quien se acerque a esta etapa histórica y región geográfica, particularmente si centra su interés en la actividad minera republicana. Un buen puñado de filones ausentes del ya clásico inventario de Domergue (1970) reciben aquí atención, especialmente aunque no en exclusiva por lo que se refiere a la comarca de La Siberia extremeña (*vid.* el análisis regional en pp. 460-462).

Aunque los capítulos 6, 7 y 8 se incluyen en la sección expositiva, sus informaciones son fundamentalmente analíticas; al menos, en el sentido de que se estructuran como discusiones de materiales que pretenden leerse, en su conjunto, como evidencias de una estrategia global diseñada por Roma para dominar los recursos metalíferos presentes en la región y garantizar su explotación en condiciones de seguridad. A la detección de las redes territoriales se dedica el extraordinario capítulo 6, mientras el 7 se centra en el establecimiento de vínculos entre explotación minera, presencia militar y monetización. Por último, se cierra esta sección con un capítulo 8 centrado en señalar la simbiosis entre las discutidas *turres* y las explotaciones mineras del periodo republicano. Las hipótesis defendidas son planteadas con notable habilidad, reforzándose entre sí y dando verosimilitud al modelo interpretativo del autor. El aparato gráfico al que antes nos referíamos brilla especialmente en esta sección, con numerosos mapas regionales y tabulaciones de datos que el lector agradece como complemento al texto.

Con todo ello, llegamos al tercer bloque del volumen, a saber, la presentación de resultados que clausura su discurrir científico. Nos enfrentamos a dos capítulos complementarios, que pretenden definir unas constantes materiales capaces de identificar al ejército romano que protagoniza los procesos documentados en el volumen (capítulo 9), para posteriormente reconstruir en lo posible su secuencia a través de datos estrictamente arqueológicos (capítulo 10). Mientras que el método «calibrado» que se propone para abordar la cuestión cronológica parece impecable –como impecable es su desarrollo y prudentes conclusiones, señalando la escasez de hitos estratigráficos que permitan sellar un yacimiento y la dificultad de ofrecer dataciones absolutas–, plantean algunas dudas las lecturas teóricas sobre la cuestión de las identidades, aparentemente demasiado orientadas hacia el «llegado», al que preferiremos

llamar colonizador, e indiferentes –cuando no críticas en exceso– hacia la espinosa cuestión de la alteración identitaria del colonizado (*vid.* Sinner, 2015). En este sentido, la valoración que reciben los restos materiales muebles considerados «señas de identidad» del extranjero romano-italico, desde *militaria* hasta vajilla y bienes suntuarios, puede ser provechosamente complementada. Dentro de un mundo en transición como el que Heras documenta a lo largo de su estudio con rotundidad inapelable, negar la posibilidad de la «evolución de los gustos» (explícitamente en pp. 516, 575, 587, 590) implica restringir fuertemente nuestras posibilidades de comprender la dimensión «local» del proceso por el que Roma se implanta sobre el suroeste peninsular. Nada tienen de «conservadoras», en nuestra opinión, las posturas que «prefieren hablar de cambios en las pautas de consumo dentro de las ciudades más que de una presencia efectivamente militar» (p. 575; sobre la ávida asunción de los más conspicuos rasgos de la identidad del foráneo por parte de las elites «colonizadas», *vid.* Dietler, 2010: 203-290; sobre la incidencia del fenómeno en la vecina región del Algarve, *vid.* Sousa, 2017). Esta es una falsa disyuntiva: la presencia del ejército, de hecho, es necesaria para que algunos de sus rasgos externamente definitorios se resemioticen y su posesión comience a ser apetecida como índice de buenas relaciones con el nuevo poder imperante en la región. A pesar de lo antedicho, la aproximación metodológica de Heras al problema del «*soldier's pack*» es muy valiosa, metodológicamente sólida y científicamente útil (*vid.* pp. 575-576). Bastaría con no renegar de la idea de «asimilación cultural», contemplando la posibilidad, avalada por los estudios de arqueología del colonialismo, de que determinados conjuntos de bienes hayan podido adquirir valores nuevos relacionados con su contexto colonial específico, llegando incluso a ser parte indispensable de discursos de poder locales (Thomas, 1991; Gosden, 2008). Una postura extrema obstruye una nueva vía para la investigación atenta al estudio del modo en que se transforma la autoimagen de la elite indígena ante la frecuentación del elemento exógeno, vía cuya apertura en tierras extremeñas se debe, precisamente, al éxito de Heras en documentar la conspicua presencia de itálicos en posiciones de poder en el mismo corazón de las sociedades indígenas.

El trabajo, en fin, será una referencia inexcusable en los años venideros. Su catálogo de sitios arqueológicos republicanos en la comarca extremeña constituye el más completo catálogo

disponible (pp. 91-360); mientras que los ejercicios de calibración cronológica ensayados a propósito de un puñado de sitios de referencia proporcionan al investigador una de las más afinadas guías desde las que trabajar con materiales cuya cronología «flote» entre c. 150 y c. 50 a. C. (pp. 642-651). En el terreno de las hipótesis, el autor introduce con éxito la posibilidad de reconsiderar la importancia de los recursos mineros como objetivo prioritario de la implantación de Roma en el territorio, generando a su paso unas comarcas mineras «a medida» que no son sino una emanación de la voluntad extractiva de la oligarquía comercial itálica. La simbiosis detectada entre moneda y explotación minera, pero también entre esta y la militarización del espacio, contribuyen a apuntalar su hipótesis y a conectar entre sí las múltiples facetas de un mismo proceso que, en manos de Heras, toma forma unitaria bajo el paradigma de la arqueología militar.

BIBLIOGRAFÍA

- Bayo Fuentes, S. (2018): *Contestania Ibérica en los siglos II-I a. C.: poblamiento y romanización*. Tesis Doctoral, Universitat d'Alacant.
- Dietler, M. (2010): *Archaeologies of Colonialism. Consumption, Entanglement, and Violence in Ancient Mediterranean France*. Berkeley–Los Angeles–London.
- Domergue, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. Madrid.
- Fabião, C. (2007): «El ejército romano en Portugal», Á. Morillo (coord.), *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*. León: 113-134.
- Gabba, E. (1954): «Le origini della Guerra Sociale e la vita politica romana dopo l'89 A. C.» [cont.; IX-XV+Appendice] *Athenaeum*, XXXII (3-4): 293-345.
- Gabba, E. (1973): *Essercito e società nella tarda repubblica romana*. Firenze.
- García Riaza, E. (ed.) (2011): *De fronteras a provincias. Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*. Palma de Mallorca.
- Gosden, C. (2008) [2004]: *Arqueología y colonialismo. El contacto cultural desde 5000 a. C. hasta el presente*. Barcelona.
- Hernández-Hernández, F. y Martín Bravo, A. M.^a (2017): *Las necrópolis de El Romazal y el conjunto arqueológico de Villasviejas del Tamuja (Botija /Plasenzuela, Cáceres)*. Madrid.

- Morillo Cerdán, Á. (2014): «Arqueología militar romana en Hispania: balance de dos décadas de investigación», E. Martínez Ruiz y J. Cantera Montenegro (eds.), *Perspectivas y novedades de la Historia Militar. Una aproximación global. I Congreso Internacional de la Cátedra Extraordinaria Complutense de Historia Militar*. Madrid: Ministerio de Defensa, vol. I, 25-58.
- Noguera, J.; Naco del Hoyo, T. y Principal Ponce, J. (2014): «La actividad militar y la problemática de su reflejo arqueológico: el caso del Noreste de la Citerior (218-45 a. C.)», F. Cadiou y M. Navarro Caballero (eds.), *La guerre et ses traces: conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier s. a. C.)*. Bordeaux.
- Olesti Vila, O. (2017): «La génesis de la sociedad provincial y el proceso de urbanización en el Noreste de la Península Ibérica (siglos II-I a. C.)». *Gerión* 25 (2): 427-459.
- Padrós Gómez, C. (2016): *La implantació militar romana a Catalunya: caracterització d'espais militars al NE de la Citerior en época tardorepublicana (ss. II – I a.n.e)*. Tesis Doctoral, Universitat Rovira i Virgili.
- Prag, J. R. W. y Quinn, J. C. (eds.) (2013): *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*. Cambridge-New York.
- Principal Ponce, J.; Naco del Hoyo, T.; Durán, M. y Mestres, I. (eds.) (2017): *Roma en la Península Ibérica presertoriana. Escenarios de implantación militar provincial*. Barcelona.
- Quesada Sanz, F. (2017): «Historia militar de España. Prehistoria y Antigüedad. Una aproximación historiográfica», E. García Hernán (coord.), *Historia Militar de España dirigida por Hugo O'Donnell. Vol. VI. Estudios historiográficos*. Madrid: 23-38.
- Sala Sellés, F., y Moratalla Jávega, J. (2014): *Las guerras civiles romanas en Hispania. Una revisión histórica desde la Contestania*. Alicante.
- Sánchez Moreno, E. (2018): «Imperialism and Multipolarity in the Far West: Beyond the Lusitanians (237-146 BC)», T. Naco del Hoyo y F. López Sánchez (eds.), *War, Warlords and Interstate Relations in the Ancient Mediterranean*. Leiden–Boston: 326-350.
- Sinner, A. G. (2015): «Cultural contacts and identity construction: a colonial context in NE Spain (2nd – early 1st c. B.C.)». *Journal of Roman Archaeology*, 28 (1): 7-37.
- Sousa, E. de (2017): «Sobre o início da romanização do Algarve: 20 anos depois». *Archivo Español de Arqueología*, 90: 195-218.
- Thomas, N. (1991): *Entangled Objects: Exchange, Material Culture and Colonialism in the Pacific*. Cambridge, MA.
- Versluys, M. J. (2014a): «Understanding Objects in Motion. An Archaeological Dialogue on Romanization». *Archaeological Dialogues*, 21 (1): pp. 1-20.
- Versluys, M. J. (2014b): «Getting out of the comfort zone. Reply to responses». *Archaeological Dialogues*, 21 (1): 50-64.

David GARCÍA DOMÍNGUEZ
 Universidad Autónoma de Madrid
 david.garciad@uam.es